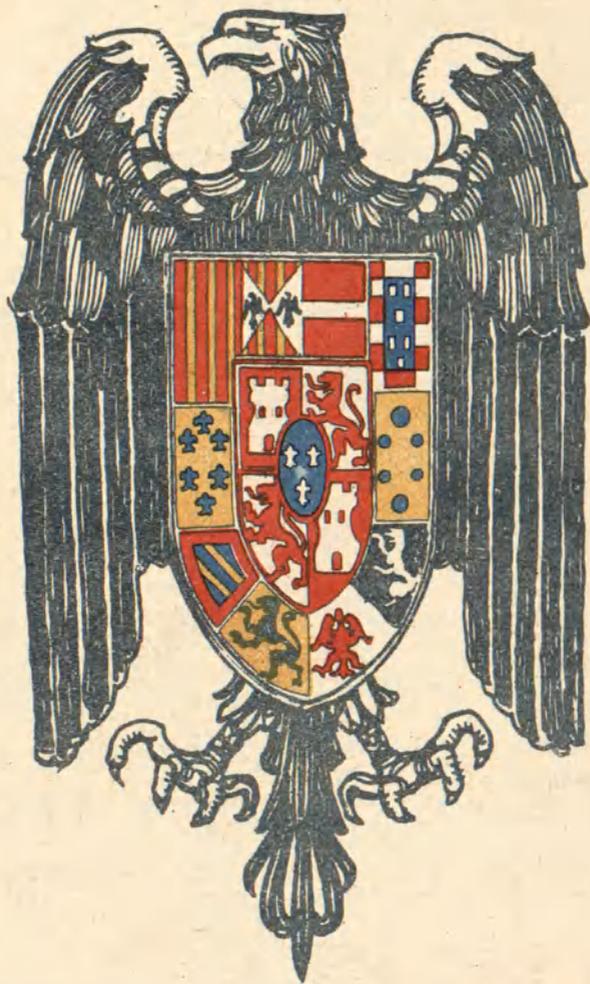


VOLUNTAD



• NUMERO • IX •

MADRID • 15 DE MARZO • DE • 1920

• DIRECCION •
COLMELA Nº 8

PRECIO DE NUMº.
DOS PESETAS



SUMARIO

- Cubierta: La caridad en Londres:** Fotografía artística.
- La quincena aristocrática,** por *M. C.*, ilustrada con fotografías de *J. Larregla*.
- Bazar:** Revista de tiendas para las lectoras de *VOLUNTAD* con numerosas fotografías.
- Actualidad extranjera:** Página gráfica.
- Socialismo y obrerismo:** Notable conferencia del *Sr. Pradera*. Ilustrada con un magnífico retrato del conferenciante.
- Portada:** San José. Fragmento del cuadro de Murillo «La Sagrada Familia».
- Luces de Alborada:** Palabras de *VOLUNTAD*.
- Una visita al Cardenal Mercier,** por *Alfonso Durán*, catedrático argentino, con un apunte de *Moya del Pino*.
- Por la España olvidada:** La Colegiata de Castañeda, por *Prudencio Rovira*. Dibujo de *Lozano*.
- Después de leer «Clemencia»:** de *Fernán Caballero*, por *Alfonso Gázquez*. Dibujo de *Varela de Seijas*.
- Por la España pintoresca: Santillana del Mar,** por la *Condesa de Pardo Bazán*, ilustrado con dos reproducciones a todo color de *Drudis Biada* y con apuntes de *Pablo Vera*.
- La señorita Mercedes de Castellanos,** por *Monte-Cristo*, con retratos de *Boissons et Taponier*.
- Predicadores del Siglo de Oro:** El maestro Fray Pedro de Valderrama, por *Hugo Moreno*.
- La Emoción,** por el *Dr. G. Marañón*, con un retrato del autor, por *Zuloaga*.
- La Cumbre Mística:** Ensayos de psicología española, por *Ricardo León*. Dibujos de *Moya del Pino*.
- Dos grandes actores españoles:** María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, por *José Castellón*. Caricaturas de *López Rubio*.
- El Poder de San José:** Cuento fantástico, por *J. F. Muñoz Pabon*.
- Acta de la quincena,** por *J. Ortega Munilla*, ilustrada con numerosas fotografías de actualidad.
- Una visita interesante,** por *María de Echarri*.
- El Instituto de Cultura y Biblioteca Popular de la Dona:** Información interesantísima acerca de esta obra social que honra a la ciudad de Barcelona.
- La Novela de un Novelista:** Por *Armando Palacio Valdés*. Ilustraciones de *Juan José*.

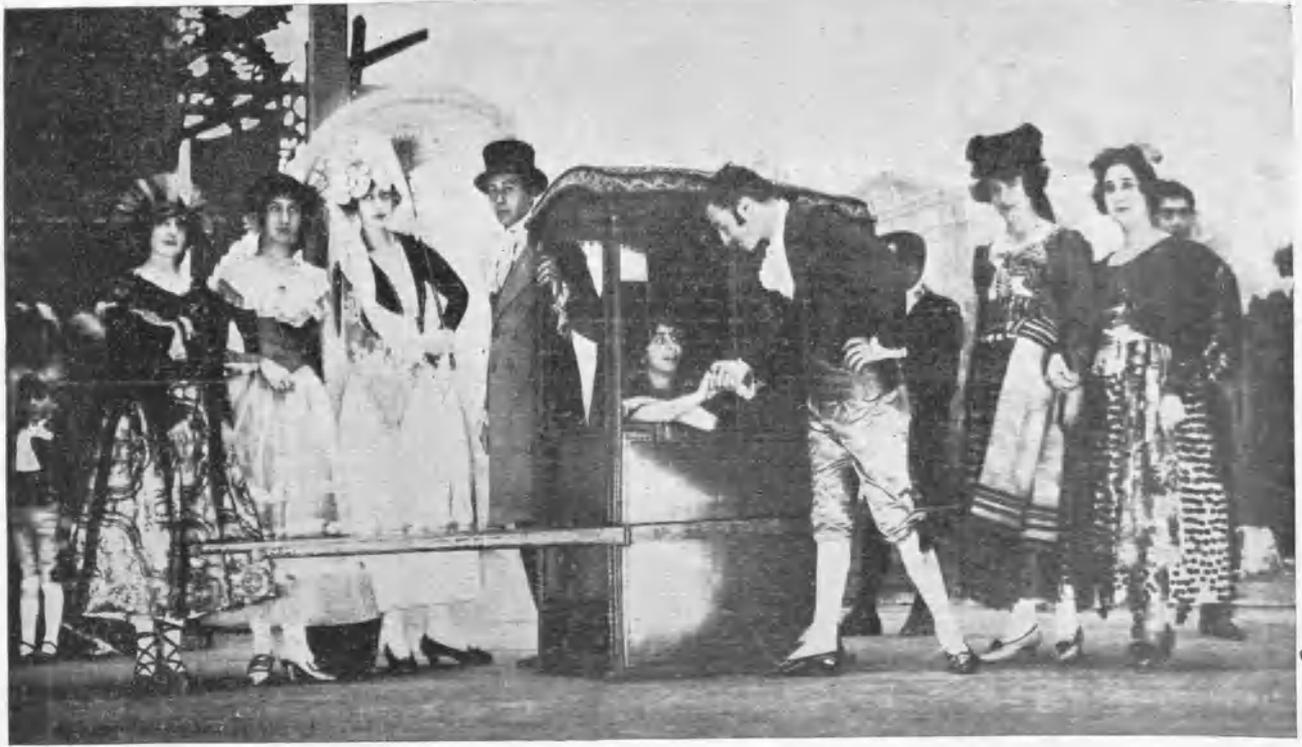
AÑO II VOLVNTAD NÚM. 9

MADRID, 15 DE MARZO DE 1920



Para atender a los hijos de las obreras, la ciudad de Londres ha creado nuevas casas-cunas, donde los niños pasan al aire libre todas las horas que permite el estado del tiempo en cada d'a. He aquí, entregado a las delicias de la merienda, uno de los pupilos de la capital inglesa

(Fot. Ch. Trampus)



Una escena de la «Romería en San Antonio de la Florida, en tiempo de Goya», interpretada por las señoritas Concha Hernández y Garnica, Cristina Mina, Paloma Montellano y la Vizcondesa de los Antrines

LA QUINCENA ARISTOCRÁTICA



Sólo una gran fiesta merece registrarse en la pasada quincena; nos referimos al beneficio celebrado en el Teatro de la Princesa para allegar recursos con que socorrer a las víctimas de los terremotos de Méjico.

Aquella gran desgracia que ha llevado la desolación y la miseria a tantos hogares de la nación americana, ha hallado un eco de conmiseración en España, y el público aristocrático ha llenado la elegante sala, y los palcos han sido pagados a precios extraordinarios, habiendo personas que han enviado por uno mil y mil quinientas pesetas, y por las butacas hasta ciento.

En cuanto a la fiesta en sí, ha sido una revelación del temperamento artístico de muchos aristocráticos jóvenes. ¡Qué deliciosamente ha bailado la linda hija de los Marqueses de Bermejillo del



Rey! ¡Con qué acierto en la expresión y en los ademanes, se ha presentado el *Pierrot del Idilio*, encarnado por Juanito Caro, hijo de los Marqueses de Villamayor!

Y luego ¡qué gracia y qué elegancia en el baile y en la mímica, de los demás intérpretes de la pantomima!

En cuanto al Cuadro de la Romería en la Pradera de San Isidro, en que han lucido su gentileza, las Señoritas de Mina, Montellano, Valdeterrazo, Cayo del Rey, Baztan, Icaza, Sotomayor, y tantas otras, con las mejicanas de Pimentel y de Scherer, y las andaluzas de Luque y de Pries, y la montañesa de Torres-Quevedo, con distinguidos jóvenes, cuya indumentaria era perfecta copia de los trajes goyescos, fué una preciosidad, que honra al director del mismo, Sr. Moreno Carbonero.



Por último, la niña Inesita Merry del Val ha sido un prodigio en su actuación de bailarina de los pies desnudos, a la manera clásica.

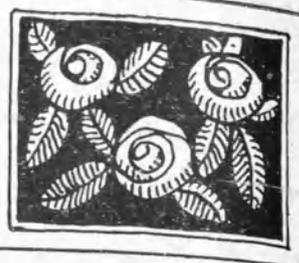
Ha continuado, pues, la tradición madrileña de las grandes fiestas caritativas, que comenzó allá por los años trágicos de la inundación de Murcia, con aquel baile de trajes inolvidable celebrado en el palacio de Fernán-Núñez y que luego ha ido desarrollándose en interminable cadena, cada uno de cuyos eslabones es un timbre de gloria para las damas de nuestra aristocracia.

Esta *season* de 1920 se deslizaba triste y aburrida sin que la crónica mundana hubiera tenido que registrar una sola fiesta de importancia —si se exceptúa el baile goyesco del Teatro Real, celebrado también con un fin benéfico— y ha sido preciso una gran catástrofe ocurrida a una nación querida, que un tiempo formó parte de la Patria, para galvanizar el cadáver y, que haciendo latir todos los corazones españoles, surgiera esa fiesta magnífica en que la Caridad y el Arte han ofrecido a Méjico un bello y generoso tributo. El amor y el dolor fueron siempre fuentes inagotables de inspiración.—M.-C.

Las señoritas de Moreno Ossorio y de Icaza en la pantomima «Pierrot y Pierrette», y las señoritas de Luque en la «Romería en tiempos de Goya»
(Fots. Larregla)



BAZAR



MODELOS DE LA CASA

Freddy's



Lámpara oriental
125 ptas.

En esta sección y bajo este título queremos, de hoy en adelante, ofrecer a nuestras lectoras y a nuestros lectores una crónica sin transcendencia: una conversación acerca de las cosas que no son indispensables, que a veces ni siquiera son útiles, pero que tienen el valor puesto en ellas por el ingenio y el buen gusto de sus creadores.

Las «pequeñas cosas» —pequeñas en importancia—, tienen, en la casa y en el íntimo ambiente familiar, una significación noble: representan las concesiones hechas por la razón a la fantasía; son como personajes inmóviles y mudos de nuestro propio cuento: del cuento prodigioso que nos decimos a la hora del ensueño, cuando, para olvidar lo ingrato de la realidad, salimos de ella y buscamos en el pasado la ingenuidad de nuestro espíritu cuando era niño.

Por ello las cosas pequeñas en importancia material, inútiles si se quiere, merecen atención, y una revista de novedades, una crónica de bazar, puede ser algo muy interesante.



Lámpara pagoda

He aquí las nuevas lámparas. Las hay complejas y exóticas: las hay sencillas y severas, conforme al espíritu de la raza. Estas son de roble torneado: para toda la vida. Aquellas son de cartón-piedra vestido de laca: hechas para durar lo que dura una moda. Cada lámpara se hermana con



Lámpara griega
250 ptas.



Lámpara chinesca



MODELOS DE LA CASA

Freddy's



Lámpara japonesa, de laca



Lámpara con pie torneado de roble. Fleco de raffia. 95 ptas.

su pantalla. Hay pantallas con silueta y preciosismo de pagoda, y hay pantallas geométricas, lisas, monocromáticas. Una evoca lo extraño y lo enigmático del Oriente, y hace pensar en viajes lejanos. Otra invita al descanso y al trabajo... Nuestros abuelos, que eran más simplistas que nosotros, y que ignoraban la luz eléctrica, se contentaban con una sola lámpara y una sola pantalla: la lámpara de familia: la lámpara que tiene prestigio y fuerza de personaje principal en las novelas de los grandes prosistas que escribieron el gran poema de la virtud. En aquellos tiempos, el alarde de la fantasía no pasaba de alguna traslúcida estampa japonesa, pegada sobre la porcelana del *abat-jour*... Hoy, exigimos más... Tenemos muchas lámparas... Tenemos lámparas de ensueño y lámparas de trabajo... Quizá, por eso mismo, ensoñamos y trabajamos mucho menos que nuestros abuelos.



Lámpara con tabor amarillo, de «dragón», con mesa de caoba



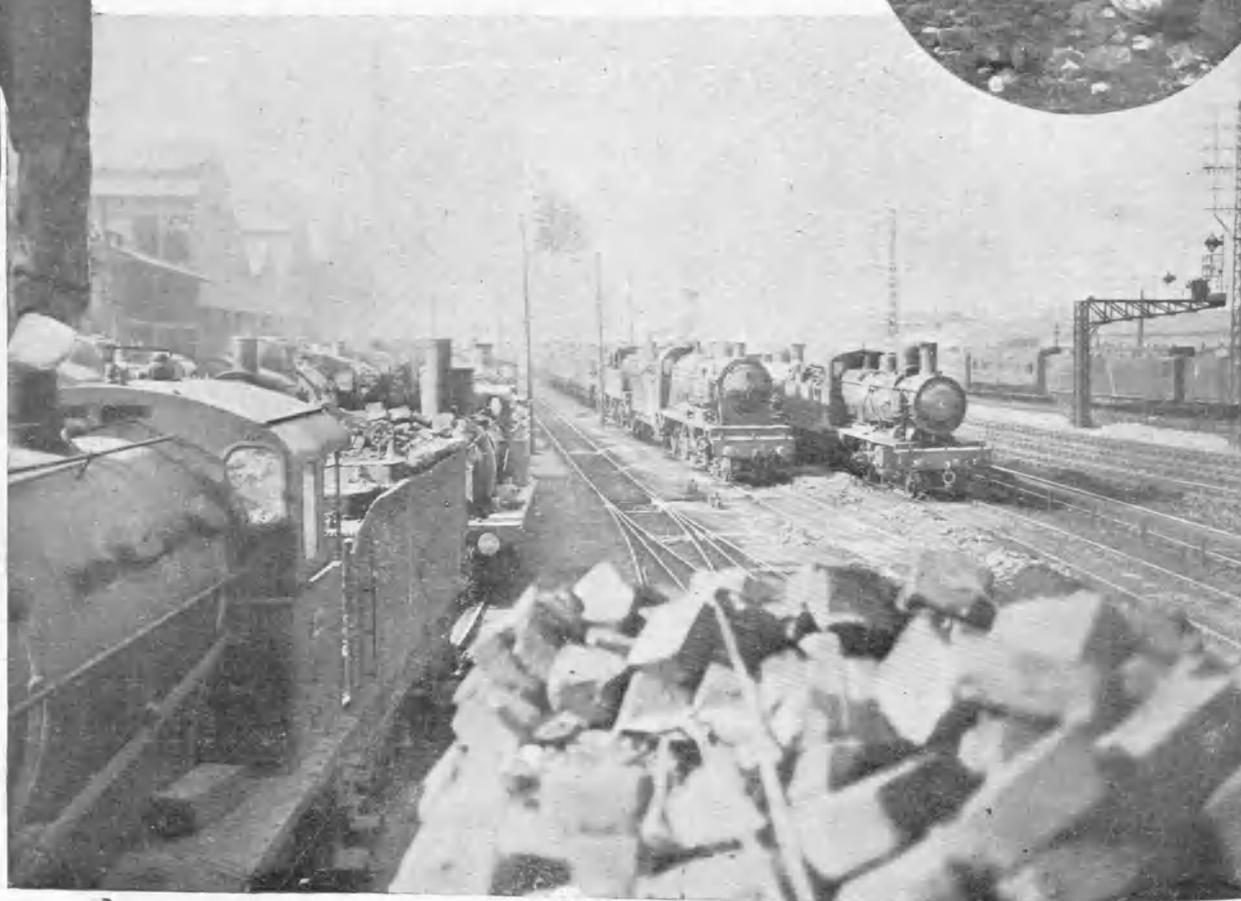
Lámpara chinesca de laca





LA VIDA EN EL EXTRANJERO

La huelga general de ferroviarios franceses constituyó, durante algunas jornadas, una seria amenaza no sólo para el gobierno de la vecina República, sino también, y de un modo reflejo, para la vida interior de estos pueblos del Occidente europeo que tan dura lucha sostienen para mantener, contra enemigos encarnizados, el orden social. Por fortuna se restableció pronto la normalidad en Francia, y este hecho tiene la importancia de una batalla ganada. Es una victoria que importa consignar.



Arriba: mitin de ferroviarios al aire libre en los alrededores de París. A la izquierda: el obrero cuyas reclamaciones sirvieron de pretexto. Abajo: aspecto de una estación parisiense durante la huelga



D. Víctor Pradera

SOCIALISMO Y OBRERISMO

NOTABLE CONFERENCIA
DEL SR. PRADERA

Notabilísima fué la conferencia—segunda del curso organizado por *El*

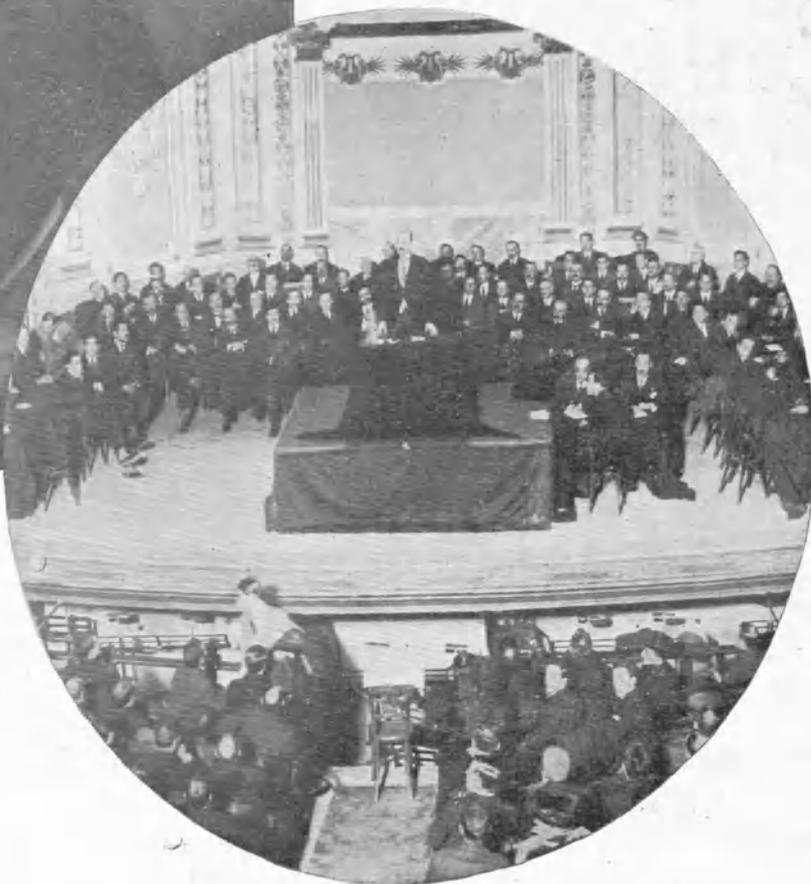
Debate— dada por D. Víctor Pradera en el teatro del Centro, el día siete del actual.

Adúnanse en el insigne tribuno el filósofo y el político, el hombre de acción y el de pensamiento, el orador y el estudioso. Y todo eso resplandeció en su magistral discurso. La visión turbulenta de la sociedad presente no oscurecía ni desviaba la mirada certera que, alzándose sobre la batahola de los sucesos del día, iba, recta, en busca de la verdad; y al empuñar el orador, con una mano, la espada que busca el pecho del adversario, mostraba en la otra la tisana del médico.

El socialismo, «colector de todos los errores», mereció del Sr. Pradera vigorosa, enérgica, formidable diatriba. Noble e inflamada pasión encendía la palabra del conferenciante, con llama singular, cuando fustigaba a los explotadores y embaucadores del obrero, falsos apóstoles de una redención utópica o engañosa. Y, en conmovedor contraste, la caridad cristiana, la doctrina católica, vertían por boca del orador, sus fórmulas eternas, salvadoras de los humildes y desamparados. «Porque el socialismo—decía el Sr. Pradera— no es el obrerismo. Para el socialismo, la represión: para el obrero, la reforma social».

El Sr. Pradera, pronunciando su conferencia en el Teatro del Centro, de Madrid.

(Fot. Vidal)

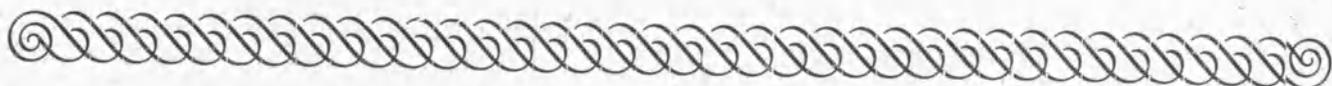


Severa, implacable y despiadada la crítica, la exposición de la doctrina positiva fué serena, lógica... tan convincente como basada en dogmas fundamentales del catolicismo, según la Iglesia los define e interpreta. No fué esta parte del discurso soflama de banderizo, captador de voluntades, sino enseñanza que a nadie adula y a todos advierte y corrige. Frente a los desvaríos del comunismo, el derecho natural de propiedad, necesario al bienestar del hombre y de la sociedad entera; frente a las arrogancias y a los egoísmos de un derecho dominical inspirado en el paganismo, la barrera de la caridad y de la justicia. Ni la expoliación de las fábricas, arrancándolas a sus legítimos dueños, ni un régimen de salariado que convierta al obrero, y a su actividad, en mercancía sujeta no más que a las leyes económicas de la oferta y de la demanda; y, entre ambos extremos, la solución armónica y cristiana de la participación del obrero en los beneficios de la empresa.

Desarrollada la doctrina, reapareció el político atento al rumbo presente de los acontecimientos y a la táctica y movimientos del enemigo. Una con-

denación rotunda del Sindicato único... y la defensa enérgica, emotiva y patética de la autoridad, de la familia, de la patria, de la Religión... «porque, sin todo eso, la vida no vale la pena de ser vivida». He aquí un esquema de la conferencia.

Importa subrayar la íntima comunicación espiritual del auditorio con el orador. Ovaciones clamorosas acogían las más felices frases, y los pensamientos de más acusado relieve. Y no eran, ciertamente, los aplausos menos fervorosos aquellos que acogían las francas declaraciones de fe católica o la indicación de reformas sociales avanzadas, pero justas. Vivimos en momentos de transición. Agoniza una sociedad, que no es cristiana, y alborrea un nuevo día. ¿Con resplandores de incendio? ¿Con suaves colores, nuncios de un sol esplendoroso? En las doctrinas del Sr. Pradera, aprendidas en el Evangelio, escóndese el sol de la verdad y de la justicia. ¡Brillará... si la humanidad no lo oculta tras los densos nubarrones de la pasión, forjadora del rayo!



CASA FUNDADA EN 1860

JOYERO

Marabini

TASADOR AUTORIZADO

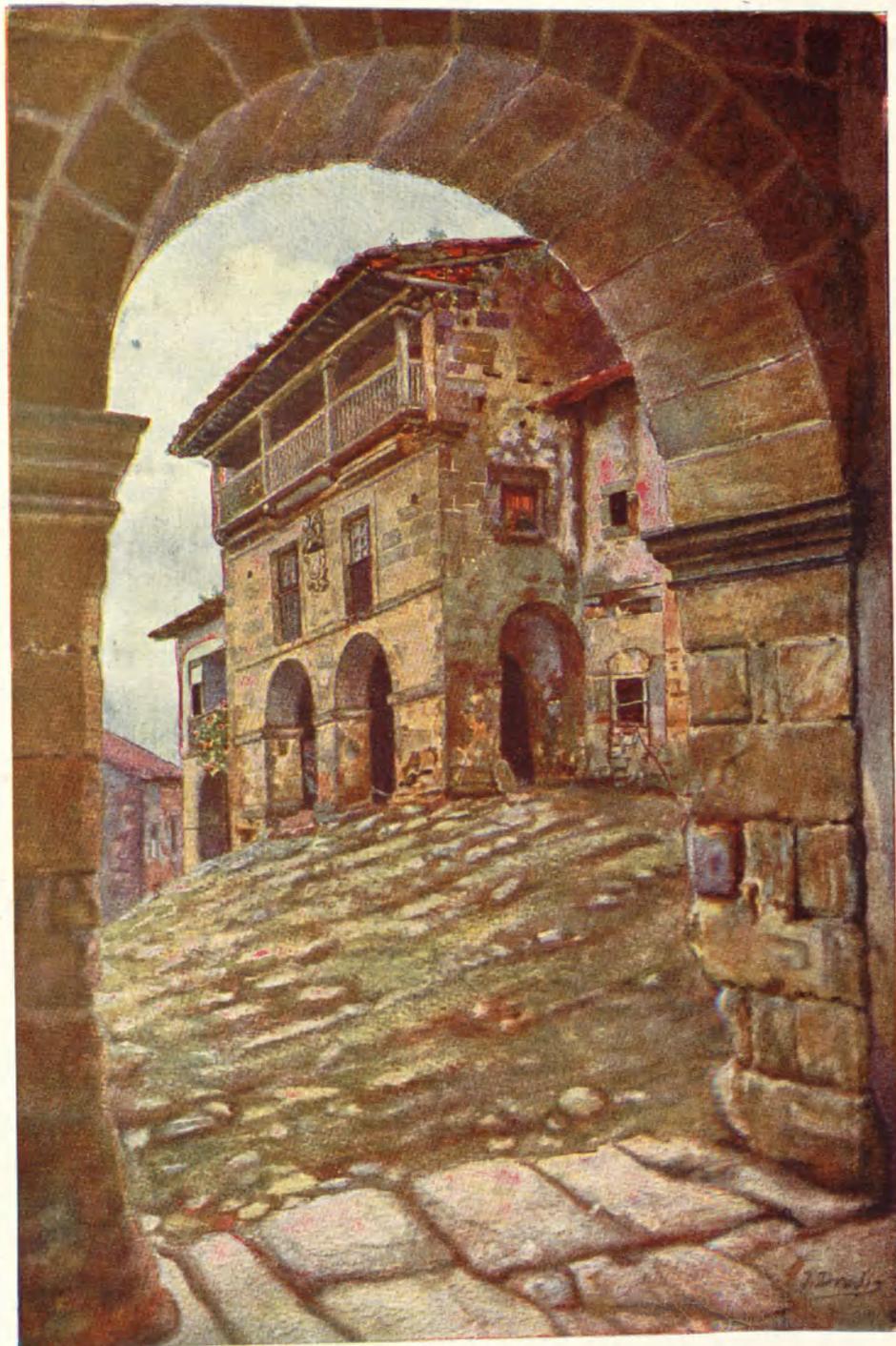
CARRERA DE SAN JERÓNIMO

MADRID

SANTILLANA DEL MAR

Cuando Galdós visitó a Santillana, la pintó con toda la viveza de su imaginación de artista, trasladando a las cosas exteriores un estado de alma. «Al entrar en Santillana — escribe el autor de *Marianela* en el bosquejo descriptivo titulado *Cuarenta leguas por Cantabria*— parece que sale del mundo. Es una entrada que dice: *no entres*.—Tan cierto es que el espectáculo está dentro del espectador, que a mí la entrada de Santillana, con sus dos conventos de monjas, graves, señoriles y circunspectos como dueñas venerables de repulgada toca que guardan la antecámara de un palacio, no sólo no me retraía,

sino que parecía llamarme, con misteriosa seña de mano blanca que asoma al través de reja mohosa y carcomida. Los signos de la tal mano podrían traducirse así: «Constante amiga de las piedras ennegrecidas por el tiempo, ven, que aquí encontrarás cuanto desees. Te esperan los rincones dulcemente tristes en que se evoca la historia; los rotos escudos de armas que en cifras refieren la novela de una familia; las iglesias desiertas, únicas donde se respira ambiente religioso, y los labrados sepulcros que en vez de afligir reposan el ánimo, diciéndole que hay un descanso seguro y eterno, y que las penas de los que vivieron antes ya ni las recuerda la memoria de los vivos.»



La Plaza Mayor, vista desde el Ayuntamiento
(Cuadro de José Drudis Biada)

La villa de Santillana, que es toda ella un monumento, no contiene más monumento propiamente dicho, que la abadía o colegiata, la cual, si no fuese por su claustro, no eclipsaría el recuerdo de otras colegiatas que visité no ha mucho.

Sin autoridad para decidir si esta colegiata pertenece al siglo xi o a los primeros años del xiii, sin hacer caso de la inscripción que le atribuye la fantástica fecha del siglo iv, y sólo por la costumbre de remirar edificios del mismo estilo que la colegiata, y que se encuentran en gran número en Galicia lo mismo que en Asturias y Santander, diré que los capiteles del claus-

tro de Santillana tienen aire de ser del siglo xi o todo lo más de principios del xii. Sea del siglo que quieran los arqueólogos, el claustro sí que me causa admiración y sorpresa.

Hay lugares donde se apodera de nosotros una paz soñolienta, nirvánica, que nos presenta la muerte como única verdad, y verdad no repulsiva. Diríase que tales sitios son el palacio de la nada, la isla del reposo, donde corren esas aguas sin murmullo y sopla esa brisa sin rumor de que habló el poeta. Sentimos que está muy lejos el mundo, y *más allá* muy próximo. El claustro de la colegiata de Santillana se cuenta en el número de estos lugares que dan *beleño*.

Los arqueólogos ensalzan hiperbólicamente la riqueza de los capiteles del claustro, peregrina mezcla de ingenuidad en el dibujo y de minuciosidad en la ejecución, de frescura en la fantasía y de amaneramiento en el arte; capiteles que en

su barbarie, su originalidad, su gracia, su variedad, sus alardes de naturalismo, su ornamentación de filigrana y sus asuntos, místicos y reales a la vez, recuerdan, en medio de su carácter románico, algo más viejo todavía, algo que vino de Oriente, como la luz, y como la religión que esos capiteles proclaman. Para mí, este claustro es algo más que un hermoso monumento. El transcurso de los siglos le ha infundido un alma, y un alma lírica y soñadora; el claustro de Santillana está en verso; planea, canta, gime, y de seguro medita y filosofa, desdeñando las vanidades que nos arrastran y las agitaciones de una hora que nos hacen sufrir.

Algunos de los fustes aparecen desgastados, y uno ya se sostiene por milagro; tan roída, carcomida y adelgazada está la piedra. Asegura el sacristán que quien la ha puesto así es «la luna». Aunque a primera vista sorprende el que atribuyan a la luna semejante fechoría, ello es que este claustro maravilloso, con el cual, según aseguran los inteligentes, sólo compite el de Santo Domingo de Silos, merece que los besos del romántico astro se encarguen de ir desgastando sus piedras. Con la imaginación, sólo a la luz de la luna veo yo este claustro, aunque por mi mal lo ví de día, y día brumoso.

La que Pérez Galdós llamó «Villa Difunta», presenta, como su mejor título a la admiración del viajero, el variado caserío, donde subsisten ejemplares de todo género de moradas hidal-



gas o *gentilhommières*, desde el ceñudo torreón románico y feudal, hasta la *casona* del siglo xviii, muy pomposa en escudos y muy rufante en divisas.

Entre estas moradas, una de las más sugestivas para la imaginación es,

sin duda, aquella donde, según la gráfica frase del novelista, «un arroyo se mete tranquilo y sin bulla dentro de la masa de edificios, perdiéndose en laberintos oscuros, a cuyo extremo se alcanza a ver la indecisa claridad del hueco por donde sale al campo. Sobre aquel río se alza una vivienda misteriosa, toda negra, toda húmeda, tan vieja que los reinos de la Naturaleza se han confundido, y no se sabe lo que es liquen, o lo que es piedra, lo que es viga, lo que es hierro. Llénala, al punto que la ve, la incitada fantasía, de novelescas historias; que no hay torreón sin duende.

Realmente, el caserío de Santillana no es ruinoso ni destartalado todo él. Existen edificios perfectamente conservados, gallardos, recios, con ese aire de solidez que parece retar a los siglos. La costumbre y el instinto, tal vez la misma decadencia de la villa, hicieron aquí

lo que en Nuremberg la reflexión y la voluntad: que se respetasen las construcciones antiguas y se evitase la invasión de las modernas. Así no perdió Santillana su encantadora fisonomía arcaica, su tipo de retrato de golilla.

En buena ley, la primera casa de que debo hablar es la de mi huésped el marqués de Robledo. Refiere Amós Escalante en su libro «Costas y Montañas» la siguiente curiosa anécdota: «Persuadidos los oficiales ingleses de la expedición de Lacy Ewans de que Gil Blas no era héroe fantástico e inventado, sino personaje



rigurosamente histórico, buscaban en Santillana con interés sumo la casa donde Gil Blas había nacido y pasado sus años primeros».

Residía entonces en la villa el erudito Don Blas de Barreda, abuelo de mi huésped y descendiente del nunca bien ponderado D. Iñigo López de Mendoza.

«Deslumbrados —dice Escalante— por la paridad del nombre y la pronunciación confusa de los extranjeros, no vacilaban los preguntados en dirigirles a la casa de los Barredas; y se cuenta que, ciegos de aquel entusiasmo isleño que a las veces y en remotas partes del mundo ha tomado vandálica fisonomía, rascaban las paredes para llevarse reliquias del revoque, o desencajaban peladillas del zaguán, empedrado en mosaicos de guijarros, a la manera usual de la tierra.» ¡Y quién sabe, añadido yo, si a estas horas alguna respetable inglesa conserva religiosamente el guijarro, precioso recuerdo de lejana expedición, de innegable autenticidad, traído por su señor abuelo!

¡Misterioso y mágico poder el de la creación artística, y cuán superior a la misma verdad! He aquí dos personajes, grandes los dos; el uno inventado, el otro real y efectivo, señalado e ilustre.

Gil Blas no tuvo existencia sino en la fantasía de Lesage, recalentada por la lectura de novelas españolas en que hay dueñas, hidalgos, salteadores, venteros, alguaciles, corchetes, damas que exhalan perfumes de ámbar y algalia, comediantas, embaucadoras, estudiantes apicarados, magnates, reyes que salen de incógnito, todo un mundo de intriga y aventura en que rebosa la truhanería, la experiencia y la sal del buen sentido.

Don Iñigo López de Mendoza, en cambio, imprimió huella en la historia: fué cortesano, diplomático, político, guerrero, valido del Rey, sabio, poeta, moralista, galanteador, pensador..., cuanto se podía ser en su siglo y en cualquiera; llenó con el ruido de su nombre las antecámaras de Palacio, las páginas de los *Cancioneros*: las asambleas de la *gaya sciencia*, los campos de batalla, y hasta los ámbitos de la Montaña santanderina, donde nos asegura Amós Escalante que todavía le llaman los

aldeanos *el marqués de los Proverbios*; y no obstante, en esta misma villa, que lleva el nombre de su título nobiliario, a dos pasos de la Colegiata, donde puede verse su retrato orante, pintado sobre una de las tablas flamencas del altar mayor, no es al alto y poderoso marqués de Santillana a quien busca el extranjero, sino a Gil Blas el lacayillo, el aventurero, el ladronzuelo de la compañía del capitán Rolando, un tipo que la inspiración no extrajo de sublimes regiones ideales, sino que lo amasó con el barro humano más bajo y vulgar, prestándole las flaquezas características y todas las

miserias y vicios de una sociedad corrompida, de una nación decadente.

Y mientras sólo los eruditos recuerdan al fresco e idílico poeta de las *serranillas*, al que tiene el agreste aroma de estas montañas y de estos prados, no hay quien, imitando a los cándidos ingleses, no evoque, al sólo nombre de Santillana, la castiza figura de Gil Blas

No es esta casa donde vivimos, sin embargo, la que da mejor testimonio del antiguo y calificado linaje de Santillana, es la vetusta *Torrón*, cuya mole, despojada de su diadema de almenas, pero



Campo de Revolgo

(Cuadro de J. Druids Binda)

siempre imponente, domina la plaza y la calle de *Las Lindas*. Aislada sobre un monte produciría más efecto la *Torrón*; pero aun así, sus gentiles ajimeces, sus doveladas puertas, los restos de su balconada, sobre todo la carcomida talla de su primorosa ventana morisca, sugieren mil romancescos pensamientos y mil sueños de otros días. Sospecho que no habrá en Santillana cosa más venerable que este *donjon*, ennegrecido por el tiempo. A juzgar por ciertos detalles, yo lo creería antes del siglo xiv que del xv.

Santillana posee más torres, alguna notable, como la llamada del *Merino*, pero ninguna tan noble, tan caduca, tan limpia de restauraciones pecadoras.

Las casas blasonadas no se cuentan: a juzgar por sus timbres heráldicos, Santillana debió de ser una villa sin plebeyos, formada sólo de señorío.

Entre las más arrogantes residencias de Santillana citaré la casa llamada *de los Hombrones*, a causa de dos jayanes de tamaño natural, vestidos a la chamberga con militar desenfado y bizarría, que hacen el oficio de tenantes de la piedra de armas. Otro *hombrón* parecido y no menos tosco, se levanta aislado, cerca de la plaza, sobre un paredón medio derruido.

La orgullosa e interesante casa *del Aguila* ostenta por única empresa un águila moribunda, con el pecho atravesado por una saeta, y alrededor se lee este lema, harto conocido, pero cuyo origen se ha escapado a la diligente investigación de la Academia Española, empeñada en descubrirlo: «*Un buen morir honra toda la vida*».

Veo también aquí —y me recuerda la preciosa

torre que tantas veces he contemplado en el camino de Alceda—repetido el enigmático y nunca bien descifrado lema de los Ceballos, *Es ardid de caballeros —ceballos para vencillos*; y leo al rededor de un armado brazo, estas palabras: «*Brazo fuerte, a Italia dió terror —y— a Esforzia muerte.*»

Por todos lados armas parlantes, escudos empenachados y cercados de enroscado plumaje y enhiestas lanzas. Hay cuarteles que ya van siéndome familiares, a fuerza de encontrármelos: los dragantes y la banda de Bustamante, los cinco negros calderos de Calderón de la Barca; las lises, la maza, de galaica procedencia.

En la villa de Gil Blas, como en las páginas de *El Quijote*, hay también un rinconcillo donde se refugia el humorismo prosáico de Sancho Panza. En prueba de ello, referiré una anécdota relacionada con el blasón más legendario y andantesco de todo Santillana.

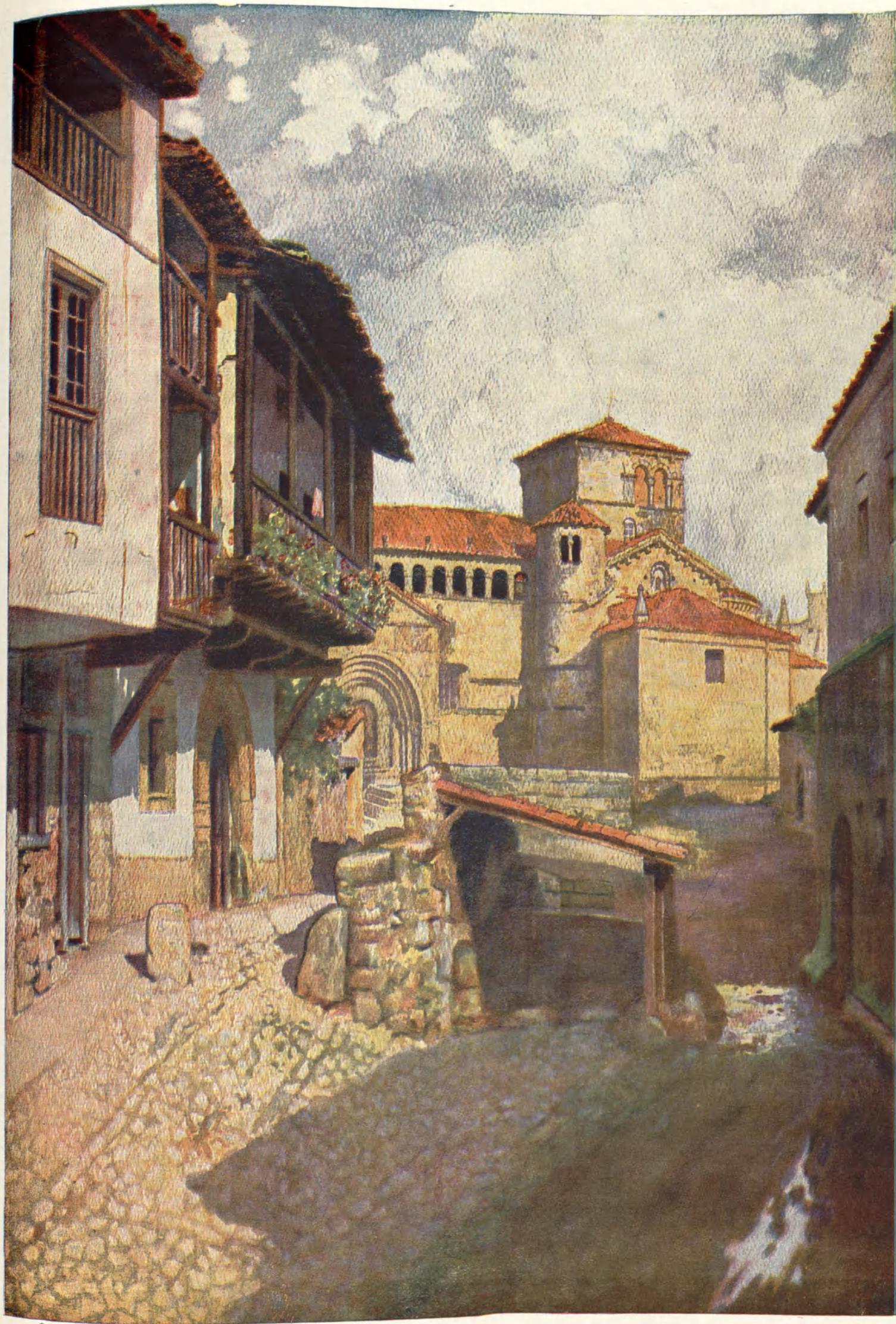
Existe aquí la casa de Tagle, y adorna y cubre buena parte de su amplia fachada el escudo, donde se ve al caballero armado de punta en

blanco lidiando con el dragón, cerca de un castillo y en presencia de una dama: por divisa, —«Tagle, el que la sierpe mató, con la Infanta se casó».—Cuéntase que hace bastantes años, en épocas en que todavía los refinamientos del aseo y las drogas insecticidas eran menos conocidas que ahora, vino un reverendo fraile a posar y a pasar la noche en la casa del caballeresco escudo. Como no le dejasen conciliar el sueño ni un cuarto de hora ciertos parásitos diminutos e impertinentes, levantóse muy temprano, fosco y de endiablado hu-



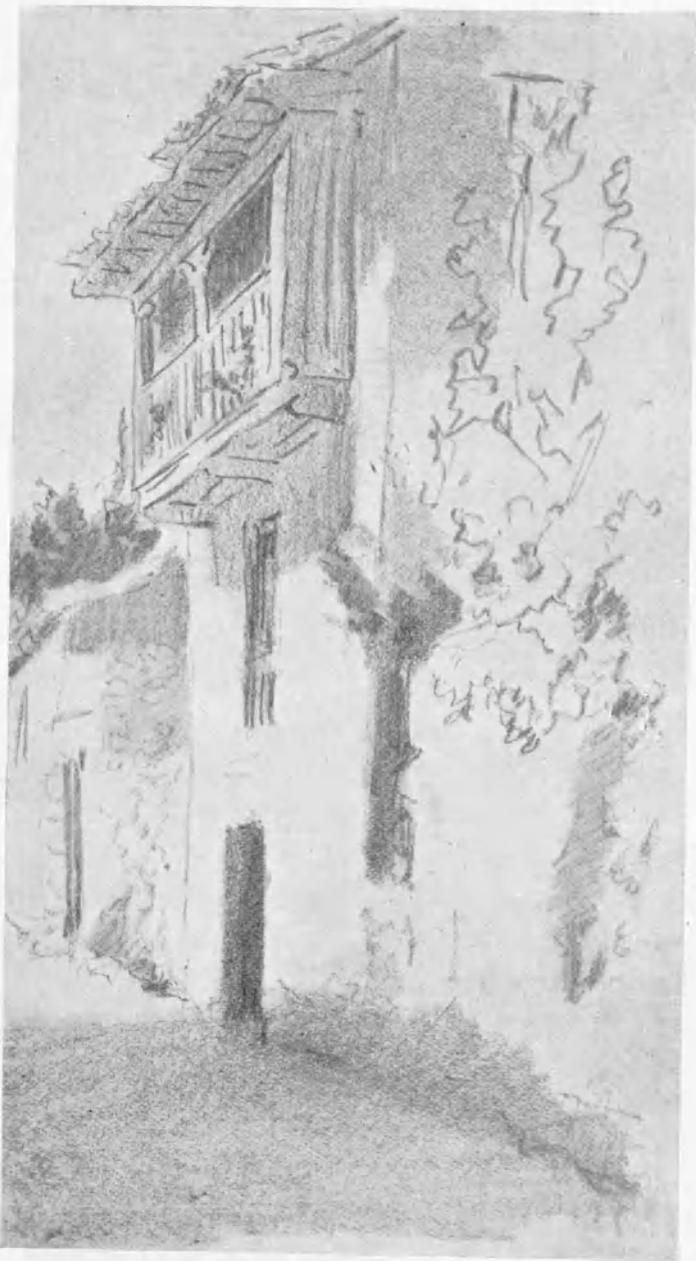
La calle del Cantón

(Cuadro de J. Drudis Biada)



LA COLEGIATA VISTA DESDE LA CALLE DEL CANTÓN

(Cuadro de J. Drudis Biada)



mor, y salió al balcón para respirar el aire puro y despejar la aturdida cabeza. Tropezaron entonces sus miradas en el blasón; y al leer que Tagle se había casado con la Infanta por la gracia de matar la

sierpe, tomó carbón o lápiz, y escribió debajo, en lírico arrechucho: «Y si las pulgas matara, con la Reina se casara».

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN



LABORES

FEMENINAS



Labores femeninas



ABÉIS PENSADO ALguna vez lo que significan estas palabras; todo lo que encierran en sí estos dos vocablos tan cortos?

Muchas de vosotras probablemente, sólo al leerlos habréis torcido el gesto, y ante la imaginación de no pocas habrá surgido la idea de una penosa tarea que antes de ir a jugar teníais que dejar terminada, o de esas laborcitas que emprendidas sin ganas ni interés os hacían, íntegras, profesoras o doncellas, para presentarlas luego a vuestras madres y abuelitas como fruto de vuestras manos.

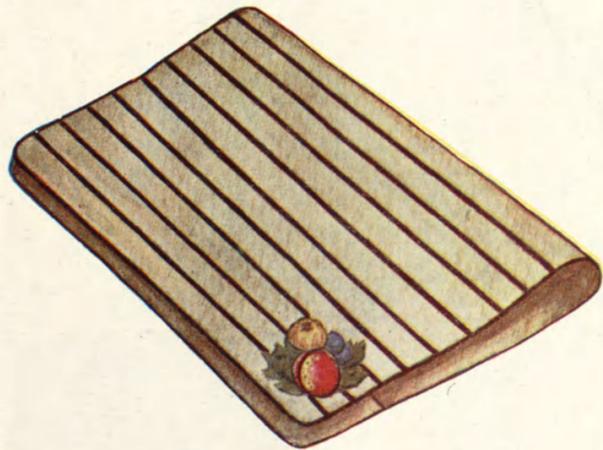
Pero no, la labor femenina abarca mucho más que esto; no es sólo lo que vulgarmente llamamos costura, y que aunque muy propia de toda mujer, sea cual fuere su esfera, es más árida y tal vez por eso os asusta.

Labor femenina es todo detalle, toda menudencia, ese no sé qué,... en una palabra el ambiente que se respira en toda casa donde hay una mujer, y que hoy se revela en la colocación de unas flores y mañana en lo discreto de la luz de una pantalla, o en esa labor a medio hacer abandonada en una esquina.

¿No os habéis fijado nunca lo triste que es una casa en que no hay una mujer?: tiene todo lo que necesita, y sin embargo ¡qué aspecto tan frío, cuántas cosas le faltan!...

Pues de algunos de esos detalles vamos a ocuparnos hoy, que por ser más amenos tal vez os interesen más, y que sin grandes gastos darán a vuestros hogares ese sello alegre, coquetón y comfortable tan genuinamente femenino.





Guirnaldas de frutas:

Ahora todo se adorna con frutas: se estampan en las cretonas, se pintan en cubiertas y cajas, se colocan en los sombreros y con ellas se adornan pantallas, almohadones y cestos. Para hacerlas basta coger un poco de algodón en rama, darle la forma de la fruta que se intenta copiar, forrarla de seda blanca y pintar encima, a la acuarela, los tonos de esta; luego se colocan con gracia formando guirnaldas y colocando entre medio algunas hojas.

Cesto de papeles:

Se compra un cesto de mimbre, se dora bien con purpurina, luego se forra por dentro con seda verde oscuro, o amarillo botón de oro de manera que se asome por arriba hacia fuera una cabecita como de un centímetro y se coloca una guirnalda todo alrededor, cayendo alguna vez hacia abajo una fruta o una ramita de hojas.

Pantalla:

Se forra una armadura de alambre, con seda blanca por dentro y de color por fuera, ligeramente fruncida o tableada, de manera que quede bien tirante de arriba abajo. En la parte inferior se le pone un fleco de oro viejo y un galón de lo mismo y en la superior una guirnalda dando la vuelta y en la forma que ya hemos dicho, esta clase de pantalla estaría muy bien sobre un pie de madera tallada oro oscuro.

Objetos de cristal pintado:

Los cacharros de cristal pintados de negro están ahora de última. Se usan como floreros, lámparas, bibe-

lots y hasta en la mesa. Hay, sin embargo, quien los encuentra tristes y de mal gusto para la mesa y realmente no pueden compararse con una cristalería bonita, o un juego de té de porcelana china, pero por ejemplo un juego de lava-frutas de cristal fino con un dibujo ligero en negro, y un pañito debajo en bordado de Toledo resulta muy bonito y elegante. También en un juego de jarra y vasitos para refrescos la pintura anima y es muy a propósito.

Para hacerlo se compra una lata de esmalte negro y un pincel finito. En los lava-frutas y los vasitos se le pinta una lista finita en el borde y luego una cenefa. En la jarra unas rayas cruzadas formando un enrejado de arriba a abajo y de vez en vez unas hojas. Hay que dejarlo secar bien, pero luego se puede mojar con tranquilidad pues no se borra ni se corre.

Cubierta de libro:

Se corta una tira larga de cartón finito del tamaño corriente de un libro; se dobla por la mitad y luego las puntas se vuelven para meter la tapa del libro y que le sostenga, se forra de una tela de hilo crudo y se pinta en la esquina delantera de la cubierta unas frutas o flores y luego se cubre toda de rayas negras de un centímetro de ancho dejando dos de raya a raya. Arriba se le cose un cordón de seda negra que servirá de señal.

Bolsos:

Estos bolsos de boquilla de concha están muy de moda, tanto por lo elegante de su forma, como por lo prácticos, pues como son muy fáciles de hacer puede renovarse la tela una vez estropeada, cuantas veces se



colocan en los sofás o en el suelo como taburetes, pueden hacerse de cretonas, damascos o sedas de colores vivos, según el cuarto a que se destinan, y como gran novedad de tisú de oro, plata y colores.

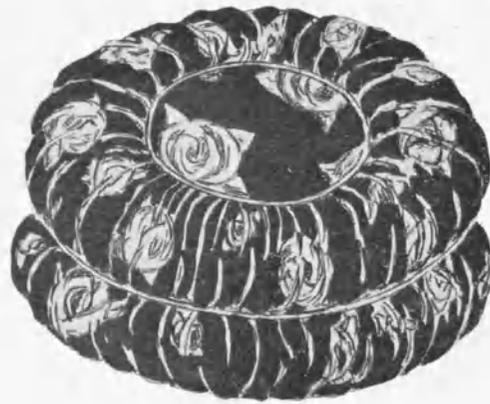
Polveras para los bolsos

Se coge la parte de abajo de una cajita pequeña que sea redonda, y se pone un galón dorado, estrechito y bien tirante, todo alrededor. A la tapa, en la parte de arriba se le colocan dos redondeles de seda de color y encima de malla de oro, respectivamente, y se sujetan por los lados con un galón como el de abajo. En el medio, se frunce un encajito estrecho y teñido en azafrán o te, que forme redondel, y encima se le coloca una coronita de rosas rococó.

Es muy práctico ponerle dentro, una vez llena de polvos, un arito con tul para que la borla no pueda hundirse y coja demasiados polvos.



*Modelos de bolso,
de almohadón y de
polvera, respectiva-
mente, descritos
en esta información*



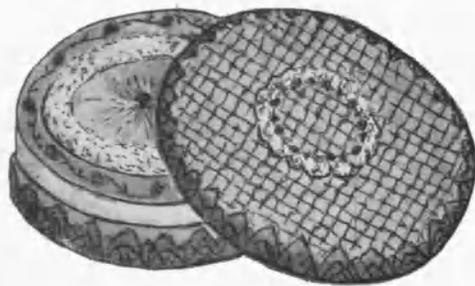
quiera. Basta para ello con tomar una tira al hilo de dos cuartas de largo y otras dos de ancho, doblarla por la mitad y redondearle los cuatro picos. Se cose y vuelve la parte de abajo y la de arriba se frunce sujetándola a la boquilla en los agujeritos que ésta tiene a propósito. Se forra de seda y se remata con una cinta o un galón.

Se hacen de falla moiré, sedas brochadas en oro y plata y también de ante.

Almohadón

Se cortan dos redondeles de unos 30 centímetros y se rematan todo alrededor con un cordón forrado de la misma tela.

Luego se corta una tira al hilo de tres metros de largo por tres cuartas de ancho; se le pasa en el centro tres cordones de metro y medio de ancho que frunzan la tela, se fruncen también las dos extremidades y se cosen a los redondeles por el cordón: rellenándolo luego de pluma viva para que quede bien hueco. Estos almohadones que se





LA SENORITA MERCEDES DE CASTELLANOS



PRESENTAR HOY A LOS LECTORES DE VOLUNTAD esta figura genuinamente aristocrática no nos mueve la posición que ocupa en la sociedad — con ser preeminente entre la juventud — ni menos la suprema elegancia que el fotógrafo ha puesto de relieve, ni aún la simpatía comunicativa que irradia de toda su persona; cualidades son estas que ya en las revistas del gran mundo se han puesto a la continua de manifiesto, mas no constituyen ciertamente el mérito principal de la Señorita de Castellanos.

En esta galería de retratos que se honra hoy con el de la hija del antiguo diplomático, representante que fué de España en varias Cortes europeas, y de la hermosa dama que por su segundo matrimonio llevó el título de Condesa de San Félix, hemos de atender más a las cualidades morales, y ha de sernos por tanto más difícil trazar su silueta, ya que si las antes mencionadas — la distinción, la belleza, la elegancia — están a la vista del público, estas otras, la caridad, la inteligencia, la virtud, no gustan de las exhibiciones porque como dijo el gran escritor noruego: «Las abejas no trabajan más que en la oscuridad, el pensamiento no trabaja más que en el silencio, y la virtud en el secreto.»

Mas no siempre pueden estar ocultas tales dotes; hay que contar con la voz de la gratitud que lentamente, calladamente, va envolviendo como en una aureola el nombre de las almas buenas.

Tal el caso de Nini Castellanos; tras del auto que la lleva a su querida Escuela del barrio de la Paloma, va dejando una estela de bendi-

ciones. Cuando abandona la sala de operaciones del Hospital de la Cruz Roja, los médicos y los practicantes allá quedan entonando cánticos de alabanza al temple de su alma; y si el *frou-frou* de sus trajes elegantes ha turbado unas horas el trágico silencio de las salas de los enfermos, pronto se apaga en un coro de palabras de gratitud, a que la fiebre pone una sordina, pero que la sigue, la sigue en su piadosa visita hasta que su figura se desvanece en la penumbra de los largos corredores...

He aquí los cargos que ejerce actualmente la Señorita de Castellanos, en los que su inteligencia, su caridad y su esplendidez tienen frecuentes ocasiones de ejercitarse: es Tesorera de la Cruz Roja del Distrito del Hospital, que preside la noble y virtuosa Marquesa de la Mina; Secretaria del Hospital de la Cruz Roja, cuya Presidenta es la Duquesa de la Victoria — una de las damas que más inteligentemente secundan a S. M. la Reina, en su caritativa empresa — y es Consiliaria de una Escuela de la Asociación Católica de Señoras de Madrid, llamada Escuela de Nuestra Señora del Carmen, de la Parroquia de la Paloma. ¡Escuela en que reciben instrucción gratuita más de 240 niños!

Y esta obra social, esta obra educadora es la que más entusiasmos despierta en nuestra biografiada; es la paz, es la dicha, es el porvenir asegurado en numerosos hogares, y como ha dicho una dama ilustre — Madame d'Epinay —: «Il n'y a pas de satisfaction pareille à celle de rendre son semblable hereux».

MONTE-CRISTO
(Retrato Boissonnas-Taponier)

PREDICADORES DEL SIGLO DE ORO

EL MAESTRO FRAY PEDRO DE VALDERRAMA



S UNA TRISTE VERDAD: NUESTROS oradores sagrados del siglo de oro están todavía ocultos y olvidados. Han visto de nuevo la luz los novelistas, los poetas, los filósofos, los historiadores, los dramaturgos, hasta algunos autores ascéticos; pero los predicadores, aquellos hombres que en la época de nuestra mayor grandeza, ilustraron al pueblo en las verdades de la fe, duermen, comidos de polilla, en los anaqueles de las bibliotecas. Fuera de Avila y Granada, que son los que suenan en todas las historias, a los demás reyes

del púlpito no se les conoce ni de nombre siquiera. El mismo Ticknor, que estaba enterado, como pocos españoles, de nuestras riquezas literarias, se atrevió a afirmar que la elocuencia sagrada apenas floreció en todo el siglo XVI.

No hace muchos años la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles» que dirigía D. Marcelino Menéndez y Pelayo, vino a poner de manifiesto la ignorancia y desidia de nuestros cultos historiadores. Los sermones del dominico fray Alonso de Cabrera fueron un filón de oro hallado en las minas sin explotar de los clásicos predicadores.

Cosa cierta es que durante el siglo XVII y parte del XVIII, una caterva de locos, sin arte, sin ciencia y sin estudio, se adueñaron de los pulpitos y convirtieron la sagrada cátedra en tinglado de feria. Casi todos los sermones que se publicaron desde fray Hortensio Félix Paravicino hasta la aparición de fray Gerundio, son un cúmulo de necedades increíbles, verdadera literatura de manicomio, que haría reír al hombre más grave, si no fuera tan triste ver a aquella princesa religiosa, hija de Dios, cubierta con los harapos de frases y cuéntecillos soeces o adornada como ramera con los afeites y galas de la comedia, indignos de la majestad, compostura y religión de tan grave matrona. Si toda nuestra predicación se hubiera encerrado en estos sermones, justificado estaría el título que le dieron los autores de la «Biblioteca Holandesa»: «Rhetórica Dialéctica de los salvajes de Europa».

La manía del estilo culto y pedante apartó a aquellos hombres de la sublime sencillez que era el arte de nuestros grandes maestros. El afán de notoriedad, el ansia viva del aplauso los desvió enteramente del fin principal de la oratoria sagrada que no es otro sino la gloria de Dios y la conversión de las almas.

«Dejaron —dice Grucian— la sustancial ponderación del texto sagrado, y dieron e alegorías frías, metáforas cansadas, haciendo soles y águilas los Santos, teniendo toda una hora suspenso al auditorio pensando en un ave o una flor. Dejaron esto y dieron en descripciones y pinturillas: llegó a estar muy válida la Humanidad mezclando lo sagrado con lo profano; y comenzaba el otro afectado su sermón por un lugar de Séneca, como si no hubiera San Pablo; ya con trazas, ya sin ellas; ya discursos atados, ya desatados; ya uniendo, ya postillando; ya echándolo todo en frascillas y modillos de decir, rascando la picazón de las orejas de cuatro impertinentillos bachilleres».

A pesar de su amistad con Paravicino, bien advirtió Lope estas locuras cuando decía:

¡Oh palabra de Dios, cuanta ventaja
hicieron con sus puras elocuencias
Herrerías, Delgadillos y Florencias
a la cultura que tu nombre ultraja!
Ya no eres fuego que del cielo baja,
más hielo a nuestras almas y conciencias,
después que metafóricas violencias
te venden como nieve, envuelta en paja.
¿Quién dijera que Góngora y Elías
al púlpito subieron como hermanos
y predicaran bárbaras poesías?
¡Dejad, oh padres, los conceptos vanos!
Que Dios no ha menester filaterías,
sino celo en la voz, fuego en las manos.

Pero en el siglo de oro, en el período de nuestra mayor cultura literaria, la elocuencia del púlpito fué otra cosa bien distinta.

Los cuaremales y santorales de aquel tiempo son la prueba más evidente de nuestro aserto.

A la vista de estos sermonarios — cofres repletos de riquísimas joyas — el lector se queda suspenso y maravillado. No hay allí rebuscos de palabras, ni voces incógnitas, ni expresiones soeces, ni lo que Bautista de la Nuxa llamaba retruécanos engrazados. No alternan con los textos de la Sagrada Escritura los veinte o treinta versos de Ovidio, ni Séneca o Platón salen a relucir con los Santos Padres. La predicación de estos eclesiásticos es la verdad evangélica, y la lengua de Castilla el vaso sagrado con que reparten a los fieles el pan de la divina palabra. En ellos todo es admirable, la doctrina que mana de las fuentes purísimas de la Sagrada Escritura y los Santos Padres; el modo de decir que es de lo más linda y galano que puede imaginarse, la claridad y sencillez con que exponen y explican las cuestiones más intrincadas de la Teología; la copia de voces y frases no halladas en otros escritores. Con sobrada razón el eminente crítico D. Julio Cejador ha dicho que

«nuestros predicadores de aquella época fueron los mejores escritores castellanos, los que supieron dar al romance aquel realismo, aquel nervio, aquel calor que hallaban en la Biblia, en los Santos Padres y en el habla popular».

Uno de estos predicadores, gloria del púlpito español en el dorado siglo, y con cuyo retrato honramos las páginas de VOLUNTAD, fué el agustino fray Pedro de Valderrama.

Escasas son las noticias que hemos podido hallar de este varón insigne. Sabemos que nació en Sevilla el año 1550, y que allí estudió las primeras letras con los Padres de la Compañía de Jesús. Más tarde ingresó en el Convento, Casa grande, de San Agustín de la misma ciudad, donde tomó el hábito y profesó. Fué después Prior de Córdoba, Málaga, Granada y Sevilla, y, últimamente, Provincial de Andalucía. Su Religión, al decir de fray Tomás de Herrera, le ocupó en hacer edificios y levantar iglesias, tanto que el mismo Valderrama cuenta en la dedicatoria al Cardenal Niño de Guevara, que él, como los que edificaban el templo de Jerusalén, tenía siempre la plana en la una mano y en la otra la espada de la palabra de Dios. Valderrama murió en Sevilla el año 1611, y está sepultado a la entrada del claustro del convento de San Agustín, junto a la puerta de la iglesia.

Las obras que nos dejó, y que hemos tenido a la vista para trazar este artículo, son: «Ejercicios espirituales para todos los días de la Cuarema», «Ejercicios espirituales para las dominicas de Adviento», «Ejercicios espirituales para todas las festividades de los Santos», «Ejercicios para los tres domingos de Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima» y «Teatro de las religiones». El Padre fray Jerónimo de Vera dice que compuso además un *Marial* en dos tomos y ejercicios para la octava del Santísimo Sacramento; pero estos trabajos es posible que no se hayan editado.

Los sermones de Valderrama, expuestos en el género de homilía, como casi todos los de aquel tiempo, no son, en general, hechos al estilo de los de Vega y Murillo, para que el predicador los lea la víspera y los tome de memoria. Algún trabajo más requieren. Son tratados y ejercicios donde cada uno puede ejercitar su ingenio, «un juntar de materiales — como el mismo autor dice —, para que labre cada uno la casa y le dé forma y traza conforme al sitio donde la ha de edificar». «Es cierto — continúa — que son demasiado largos, pero no todos los libros han de ser de vísperas, alguno ha de haber de mañanas en quien se deba trasnochar. El que escribe no está predicando, ni teme la hora del reloj, ni que el compañero le tire del hábito; y así no va con ese cuidado principalmente: que para el que leyero puede dar la hora cuando él quiere y con cerrar el libro ya dió el reloj».

Hemos dicho que el fin principal de la oratoria sagrada es la gloria de Dios y la salvación de las almas. Veamos de qué manera entendió esto el maestro Valderrama y cómo nos dice que ha de ser el orador sagrado:

«El predicador ha de ser como labrador no delicado sino duro, recio, hecho a trabajos de sol y agua, porque ha de entender en obras duras y no de regalo; ha de rozar la tierra y arrancar las cepas y raíces que en ella hubiere, y desmontalla; ha de quemar los palmares y malezas que llevan las tierras nuevas, y, finalmente, a fuego y a hierro, las ha de hacer levaderas de buen pan, como se lo dijeron a Jeremías. Mira que has de ser hombre de hecho, no afeminado y para poco trabajo; que has de predicar rigores, y si fuera menester amenazar fuegos, y con punta de hierro arrancar vicios. No has de regalar los oyentes, que son la tierra en quien has de labrar, porque de otra manera no tendrá Dios cosecha, antes se perderá todo... Por esto amenazó Dios duramente a unos predicadores afeminados que por no perder el provecho que se les seguía de los oyentes, los regalaban y aseguraban de los castigos que Dios les amenazaba por los verdaderos profetas, los cuales como no solamente eran hombres de hecho, sino verdaderos labradores a quien no espantaba el sol del estío, ni el aguacero y nieves del invierno, no perdían ningún trabajo y labor que hubiese menester la tierra, ora con fuego, ora con hierro; y así a aquellos falsos predicadores los llama mujercillas, hombres afeminados, más para tomar la rueda y el aguja que el arado y la reja para romper la tierra.»

Nuestro orador agustino no es tan dulce y regalado como el franciscano Vega, ni tan brioso y enérgico como el dominico Cabrera, ni tan pulido y elegante como el mercedario Santiago; pero vence y supera a todos en el ingenio, en la gracia, en la riqueza de frases y verbos, en la maravillosa y galana exposición de la Sagrada Escritura.

Basta leer cualquiera de sus sermones. El texto más difícil y entresacado, aquel que parece envuelto en el misterio, adquiere en su pluma una transparencia y claridad, tal intensidad de luz, que el más ciego puede contemplarlo a todo su placer. Para esto se vale de mil peregrinas y graciosas semejanzas.

Vea el lector una muestra. Expone Valderrama, en el sermón del rico avariento, un lugar de Oseas donde dice el profeta que las riquezas y bienes temporales mal usados, vienen a servir después de ratonera y cárcel perpetua. El ingenioso agustino, después de hacer saladísima comparación entre la vida del ratón y la del rico para el cual — dice — «la prudencia del cielo proveyó que haya ratonera y trampa de infierno donde le cazen», concluye así:

«¡Qué cosa es ver armada una ratonera con un pedacillo de queso!
¡Qué de fiestas hace el ratoncillo rodeando la ratonera, que le parece



EL CARDENAL DON FERNANDO NIÑO DE GUEVARA

A QUIEN EL MAESTRO VALDERRAMA DEDICÓ LOS «EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA TODOS LOS DÍAS DE LA CUARESMA»

Cuadro del Greco

Fot. Moreno

que está su bienaventuranza en gozar aquel bocado! Entra sin estorbo y cuélase ligero por la puerta desembarazada; abalanzase a la comida, y cuando piensa sacar el vientre de mal año, al primer bocado, suéltase la compuerta engañosa dejándole preso para siempre... Vuelve al ruido des-pavorido y ya no halla puerta; da cien vueltas desatinadamente pensando hallarla en alguna parte; forceja con la cabeza para salir por entre las verjas; intenta en una y en otra parte, y hállalas todas muy espesas; quiere roerlas, pensando que son como el queso o pan que solía roer, y halla que son de duro hierro...; y como se ha lastimado la boca, requiere con la una y otra mano las barbillas que verdaderamente parece que se da de bofetadas y se las pela de ver la locura y desatino que hizo... No mira ya el queso que le dió contento en un tiempo, antes lo aborrece como a causa de todos sus males, y cuando ve que por tan poco gusto como aquel, está condenado a una cárcel de hierro sin puerta, allí es el chillar y gemir sin remedio. Da un gemido y otro y halla que los de fuera se están riendo de él y amenazándole con mayores daños... No se yo si puede haber cosa que así declare la cárcel del infierno, y principalmente la de este rico a quien sus comidas y bebidas quotidianas lo truxeron a esta ratonera infernal.»

Valderrama derrocha el ingenio y la gracia en todos sus sermones. Ya en su tiempo, como sucede hoy, había gentes que se excusaban de seguir la buena doctrina por el mal ejemplo del predicador. Con ellas se encara en el sermón de la cuarta dominica de cuaresma:

«¿Porqué la mala vida de algún mal predicador siendo su doctrina santa y buena ha de ser ocasión de que tú no hagas lo que te manda? Si un cardo se pone en la mesa — que es muy sabroso postre — ¿qué importa que tenga espinas? Aderezadlo vos y quitádselas, y veréis como es cosa de regalo. ¿Qué se me da a mí que la tablilla del mesón se esté colgada en la puerta de él quedándose al aire, al agua y al sereno, si ella convida a los guéspedes, cansados del camino, con la posada que ellos desean? ¿Qué importa que la campana se quede dura como un bronce, y todo se le vaya solo en sonido, y que nunca entre en la Iglesia y se quede fuera si ella me llama a mí a la misa y sermón que es lo que me conviene? ¿Qué se me da a mí que la canal de arena que sirve de acequia por donde pasa el agua para regar las plantas, ni tome xugo, ni se ablande, antes se empedernezca, si por ella se deriva el agua y se comunica bien a los árboles y legumbres de la huerta? ¿Que daño me viene a mí de que el atalaya que me avisa el daño de los enemigos, sea mal tollado y esté mal vestido, si con su aviso yo me pongo en defensa? ¿Quién anduvo menudeando mucho si un ejército entero que vence los enemigos y quita el cerco de las ciudades, tiene todos los soldados santos y virtuosos o gente arriscada y de poco concierto? ¿Quién culpa al santo Elías, mantenido con pan de ángeles, y traído muchas veces por sus manos, que alguna lo comiese del pico de un cuervo carnicero y denegrido? Nadie por cierto. Pues tampoco nadie puede poner achaque justamente, si el predicador le convida con la posada del cielo y se la señala verdaderamente; si lo llama al templo y a la casa de Dios; si le da riegos de doctrina sana para que crezca; si le toca arrebatado para que se ponga en arma contra los peligros; si le trae el sustento del alma y pan de doctrina que lo aliente. ¿Qué importa se sea el tablilla de mesón, campana de la torre, acequia de arena, soldado desbaratado, cuervo carnicero y negro, para que por eso dejéis vos de entrar en la buena posada, oír la misa y los sermones, vencer vuestros enemigos y sustentaros del pan del alma?»

Si hubiéramos de trasladar los primorosos cuadros, las lindes in-



Uno de estos predicadores, gloria del púlpito español en el dorado siglo, fue el agustino Fray Pedro de Valderrama...

(Pascual.—Libro de Retratos.)

genes, las pintorescas frases, los giros elegantísimos, todo el magnífico bordado de los discursos de Valderrama, sería cosa de copiarlos íntegros; porque no hay uno donde el autor no luzca las galas de su rica y exuberante imaginación, y en donde no se muestre además como profundo teólogo, eminente escriturario y orador elocuentísimo.

Hasta la pavorosa cuestión social, el pleito entre ricos y pobres, que trae hoy revuelto al mundo, está aquí resuelto magistralmente:

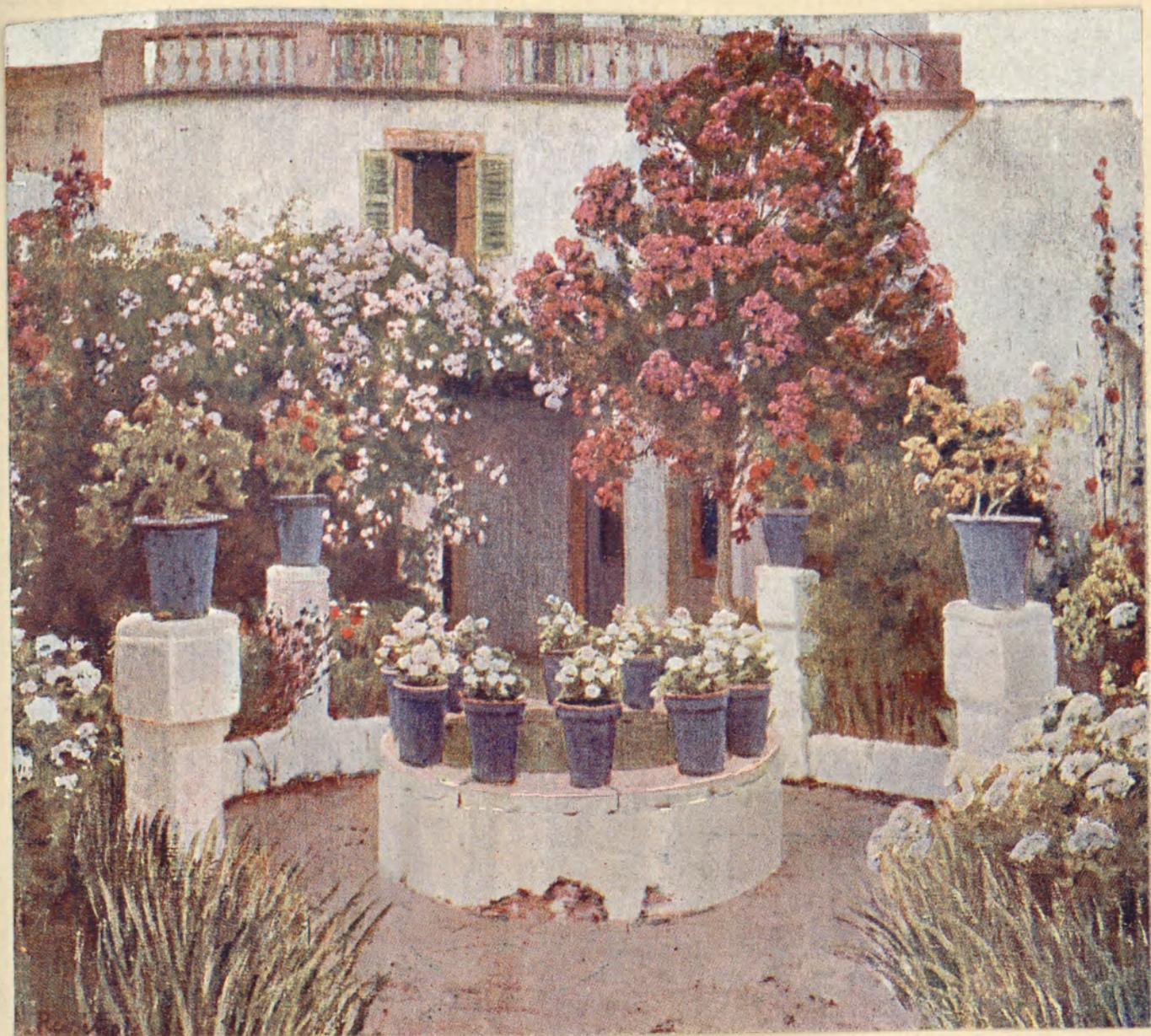
«El pobre y el rico son hermanos y el Señor es el hacedor de ambos. Acontece que un caballero que tiene muchos hijos, instituye un mayorazgo en uno de ellos para memoria de su casa. Su intento no es dejar pobres a los demás, sino dejar en su casa un depósito perpetuo para todos, y que ya que el mayor se lleve el título y los cuentos de renta; pero que a los demás que no se les nieguen alimentos ni un pedazo de pan que comer. Los mayorazgos de Dios son los ricos. Para ellos son las rentas, los títulos, las riquezas; ellos los que visten las holandas, las púrpuras y los brocados, ellos los que gozan del mundo y se llevan los buenos bocados; pero con una condición, que a los pobres — que son hermanos menores — les den alimentos y los sustenten.»

Para los pobrecillos tiene Valderrama todas las ternuras de su corazón. Ved cómo disculpa sus impertinencias y picardías.

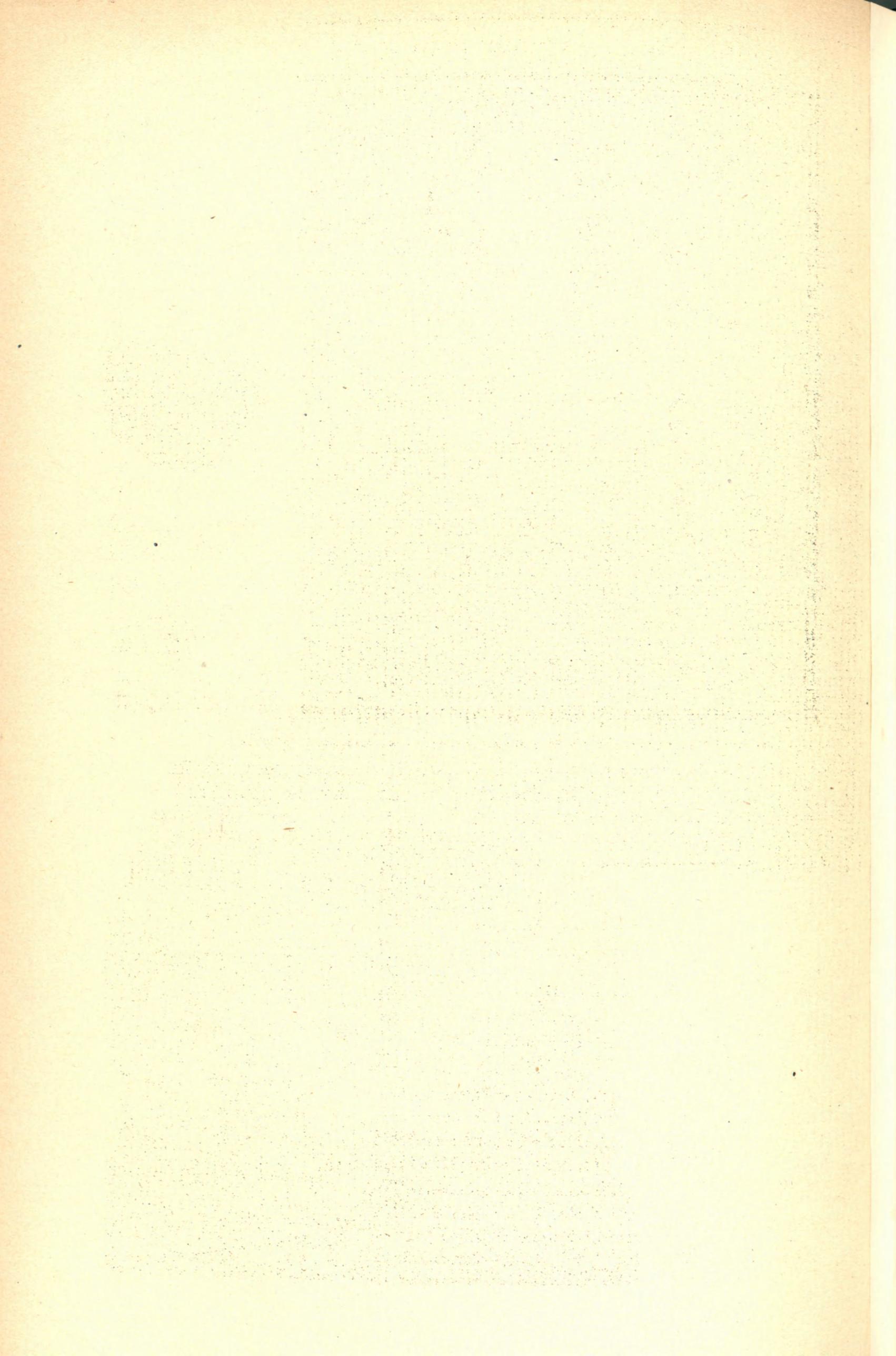
Son los pobres como el cuervo de quien cuenta Plutarco que yendo a beber en un vaso que tenía el agua tan honda que no podía alcanzar con el cuello, echó tantas piedras, una sobre otra, que hizo subir el agua por encima del vaso de modo que pudo alcanzar para beberla. Así hay unos ricos que tienen el agua de la misericordia tan honda, que es menester que los pobres con mil importunidades e invenciones se la saquen; y as unos quebrando con piedras a golpes sus puertas, los molestan de manera que por despedirlos se la dan; otros, con grandes clamores y endechas muy estudiadas, dicen palabras dolorosas para ablandar un roble; otros, mostrando las llagas canceradas, hacen grande aparato de sus miserias...; todas las cuales son trazas necesarias, porque está el agua de la piedad muy honda en los corazones de los ricos.»

Lástima — diremos para terminar — que al desaparecer el gerundianismo tuvieran nuestros oradores que volver los ojos a Francia en busca de modelos. Debajo del montón de «tompetas evangélicas» y «misteriosas cítaras» estaban sepultados los grandes maestros del púlpito español. Allí estaba Vega, cuya prosa, como la de fray Juan de los Angeles, es río de leche y miel; allí Cabrera, el intrépido, el valiente Cabrera, más orador que Granada; allí nuestro incomparable Valderrama con sus hermanos fray Basilio Ponca de León y fray Pedro de Vega; allí el mercedario Santiago, el franciscano Felipe Díez, Aguilar de Terrones, Delgadillo, Rebolledo — que celebra el famoso don Juan de Lañal — Arce, de la Nuza, y otros cien más, predicadores todos de más talla que Bossuet y Bartoli, hombres encanecidos en los infolios, santos y tan acostumbrados a bucear por el mar insondable de los arcanos divinos que San Basilio y San Juan Crisóstomo hubieran tenido a gala platicar con ellos como con amigos íntimos y compañeros de estudio.

¡Qué labor tan digna de eterna gratitud la del que desenterrando estos ricos tesoros los pusiera de nuevo en brazos de la estampa! La aparición de una «Biblioteca de Predicadores Clásicos Españoles» sería el regocijo de los eclesiásticos que se dedican al púlpito y el deleite de los aficionados a las bellas letras.



«EL PATIO BLANCO» CUADRO
DE SANTIAGO RUSIÑOL
REPRODUCCIÓN DE UNA FOTO-
GRAFÍA EN COLORES DE LINKER





INDUDABLE ES LA ACTUALIDAD Y EL INTERÉS de este tema. El mundo pasa ahora por una de sus crisis más profundas; y, como en todas las que la han precedido, un inmenso estado pasional — esto es, emotivo — agita a la humanidad. Puede decirse que el corazón del habitante más tranquilo del globo, se estremece por lo menos tres veces cada día. Con el periódico que llega al despertar, lleno de noticias pavorosas, comienzan las sacudidas emocionales que se renuevan a cada hora de la existencia frenética de la ciudad, y que tal vez, culminan en el espectáculo nocturno, en ese espectáculo que el empresario ansia poder anunciar como «emocionante», porque sabe que este adjetivo es el mejor cebo para mucha gente, jamás alita de la conmoción pasional. Si todos tenemos, pues, amplia experiencia propia de la emoción y vivimos esclavizados a ella ¿por qué no detenernos un momento a pensar en lo que es?

«Agitación repentina del ánimo» llama a la emoción la Real Academia de la Lengua, en la última edición de su diccionario. Parece una definición del tiempo de los griegos. Pero verdaderamente si se repasa la literatura sobre este asunto anterior a los últimos diez años, será difícil extraer de ella la suficiente sustancia científica para definir el acto emotivo con mayor precisión.

Una de las cosas más llamativas de la historia de la ciencia es, en efecto, el tiempo que se ha tardado en enfocar experimentalmente este problema, uno de los más interesantes de la vida humana. Me parece que es W. James quien dice que deseando documentarse, antes de meditar y escribir sus estudios sobre la emoción, leyó cuanto pudo acerca de la materia y se encontró, al final, con que todo lo aprovechable cabía en un pedazo pequeño de papel. Esto era, entonces, exacto. Y en los cuarenta años que han transcurrido desde su primera publicación (*What-Is and Emotion*, 1884) las cosas han variado tan poco que casi podemos continuar diciendo lo mismo.

La emoción nace con el instinto. Todo instinto lleva por compañera una emoción. Por lo tanto, la categoría de la emoción, desde el punto de vista de la historia natural, es inferior a la de los momentos intelectuales que son de la exclusiva propiedad del hombre. Darwin pudo, por eso, estudiar los principios fundamentales de las expresiones emotivas en el animal con aquel su claro, penetrante y ecuánime talento de observación no superado por ningún otro biólogo de ningún tiempo. Pero así como un mismo instinto al pasar del gato al hombre se eleva desde el movimiento grosero de ensacar el lomo y enseñar los dientes hasta la altura sublime del voluntario sacrificio de la vida por un fin altruista, así también una determinada emoción, común al animal y al hombre, adquiere en éste, en ciertos momentos, una complejidad, una finura y una potencia sugestiva que la hacen digna del acto intelectual más elevado. El mismo sonido de la flauta que hace danzar a los serpientes del fakir, suscita, por ejemplo en el hombre ausente, cuando modula un aire de la patria, ese sentimiento maravilloso que hace levantarse todos los recuerdos dormidos en el cerebro, revivir todas las impresiones de los sentidos y estremecer hasta los nervios más groseramente vegetativos, que se llama, la añoranza. Tomemos una emoción más elemental y observaremos la misma diferencia: en el animal sediento el instante de sentir el agua deseada en las fauces secas produce una emoción de violento placer, puramente vegetativo. En el hombre, la satisfacción del deseo orgánico de beber puede complicarse con las emociones colaterales más diversas y complejas; Guyau cuenta que vagando, lleno de sed y de fatiga, por el Pirineo, encontró a un pastor que le ofreció un vaso de leche fresca y aromada por el perfume de la montaña; «cada sorbo», dice, me hacía experimentar una serie de sensaciones que la palabra *agradable* expresa insuficientemente; era como una sinfonía pastoral percibida por el gusto en lugar de por el oído». He aquí un ejemplo de emoción delicadísima suscitada por la simple satisfacción de un apetito vegetativo.

La emoción, pues, tiene el poder de remover en el espíritu humano las más variadas ideas y sensaciones, y de dar al acto intelectual, calor, movimiento y dramatismo. Por la emoción es digna de ser vivida la existencia en el planeta. Sin ella la vida intelectual más complicada correría sin ondas y sin espuma, como un río bajo una capa de hielo. Por eso el hombre busca instintivamente la emoción que enciende y colorea su intelecto. Y cuando no la encuentra en el trascurso espontáneo de la vida, la finge a su antojo en el arte dramático y en los espectáculos deportivos, que fundamentalmente reproducen con más o menos elementos de realidad las luchas primitivas del hombre con el hombre y con los animales. Por eso se observa una cierta compensación entre el contenido de emoción de la realidad y el que el hombre apetece en sus divertimientos. El ser afligido por la muerte de una persona querida, tiende a buscar los espectáculos apacibles; y el burgués en plena dicha de vivir es, en cambio, el que llena la sala del espeluznante Grand Guignol. Otro tanto ocurre a los pueblos: en los tiempos serenos de Grecia, la multitud se sobrecoge con las tragedias monstruosas, representadas por actores que acentúan casi hasta la caricatura, con medios diversos, incluso el empleo de caretas, la expresión de las emociones más violentas. En cambio, la gente huye del drama y corre a los espectáculos de risa y de frivolidad cuando la existencia, como ahora sucede, es rica en episodios de emoción auténtica.

Desde el comienzo de la vida intelectual de la humanidad, el estudio

de la emoción fué, por todas estas razones, uno de los más atractivos para el pensador, para el artista y para el observador de la naturaleza. Pero, como antes decía, se ha tardado mucho en plantear sobre un terreno estable el armazón fundamental del problema. En dos grupos se puede dividir la vasta literatura sobre la emoción, desde el tiempo de los griegos hasta los nuestros. De un lado, los intentos de los filósofos para desentrañar la esencia del acto emotivo. Su eficacia ha sido casi nula. Aristóteles definía las pasiones — las emociones — como «movimientos del apetito sensitivo con alguna mutación corpórea del estado natural al no natural. Es decir, veía ya claramente que lo que distingue a la emoción de toda sensación o idea no emotiva es que, en aquella, en la emoción, participan modificaciones del organismo (el temblor, el escalofrío, el sudor, etc.) que no existen en estas. Y puede decirse que nada más se ha añadido a este concepto, hasta nuestros días, a pesar de todas las disquisiciones de los teóricos.

De otro lado, la literatura de la emoción cuenta con el grupo de los estudios sobre las modificaciones fisiológicas que expresan los estados emocionales. Estos estudios, que tuvieron muchos cultivadores y muchos apasionados lectores en todos los tiempos y países, representan en realidad el primer intento experimental para llegar al conocimiento de la emoción. De la emoción, en efecto, sólo percibía el observador su fase final, la expresión fisiológica, y en conocerla o interpretarla se empleó la paciencia y el ingenio de muchos autores, con las derivaciones hacia la magia y la nigromancia que imponía la ideología del ambiente. No faltan en nuestra literatura libros de esta especie, y bien interesantes como la *Fisonomía y secretos de la naturaleza*, de Jerónimo Cortes y el tan curioso como poco conocido *El Sol solo y para todas sal de la filosofía sagaz*, debido al egudo y extravagante presbítero Pujasol. Poco a poco fué perdiendo su aire misterioso esta especie de literatura, que culmina en *El arte de conocer a los hombres por su fisonomía*, de Lavater; y que en el libro inmortal de Darwin sobre *La expresión de las emociones* alcanza su máximo valor científico. Mas toda esta literatura tiene un punto de vista común que constituyó, tal vez, el mayor obstáculo que detuvo el conocimiento de la naturaleza de la emoción. Y es el afán de caracterizar y distinguir con rasgos netos las diferentes sensaciones — la ira, la tristeza, la alegría etc. — considerándolos como estados anímicos diferentes.

Y aunque es cierto que lo son en su expresión final o fisiológica, no lo son en su naturaleza íntima, en el mecanismo que es común a todas las emociones. Este mecanismo único de toda emoción, era el que se olvidaba y el que hay que perseguir, para tratar de conocer el acto emotivo.

II

En todos los momentos emocionales, en los más diversos, en la alegría más tumultuosa como en el más profundo dolor, en el miedo, en la impaciencia, hay una modificación orgánica constituida por fenómenos musculares, circulatorios, secretorios y viscerales, que es, repetimos, la misma; cualquiera que sea la naturaleza de la emoción. Y así, el vulgo, certeramente, dice de un determinado sujeto que «está emocionado», cuando se halla preso de estas manifestaciones orgánicas sin precisar si su emoción es alegre, triste, deprimente, etc. Cuando decimos de ese sujeto que «es emocionable» damos también a entender que es sensible para la emoción en general, para toda emoción, no para una de ellas determinada. El hombre emocionable tiembla, siente el pecho oprimido, los ojos húmedos y el rostro enrojecido, tanto en presencia de la mujer amada como ante una escena trágica. En uno y otro caso, se inicia en su organismo un oscuro movimiento vegetativo, la «mutación corpórea» de Aristóteles, que sólo después se va diferenciando mediante la adición de determinados elementos, corporales o anímicos, que permiten definir, en estado normal, la clase de la emoción, apacible en el primer caso y triste en el segundo. Pero estos rasgos secundarios diferenciales, no son la emoción, sino aquella primitiva e indeterminada mutación corpórea. Si llegamos a conocer su naturaleza, sabremos lo que es la emoción.

Hoy podemos afirmar que las modificaciones orgánicas que constituyen el elemento común de todos los estados emotivos, se deben a la secreción súbita, en la sangre, de determinados elementos químicos, elaborados por las glándulas llamadas «de secreción interna» o «endocrinas». Estas glándulas son, principalmente, el tiroides, las suprarrenales y la hipófisis, nombres que ya maneja corrientemente hasta el público no médico, pero algo ilustrado. Expliquemos sumariamente la hipófisis.

Una impresión del exterior percibida por los sentidos, o una idea elaborada por el cerebro, producen en el espíritu una determinada sensación agradable o desagradable. Veo, por ejemplo, un paisaje y pienso que es bonito; pienso en la guerra y su representación me es poco grata. Pero en uno y otro caso, no siento emoción alguna. Mas si el paisaje es el del país donde nací, no vuelto a ver en muchos años, siento, además, que una emoción inefable me sobrecoge. Y si en la guerra perdí seres queridos, su recuerdo, no sólo me será ingrato, sino que me hará estremecer de horror y llenará de lágrimas mis ojos. En ambos casos, el acto intelectual se ha desbordado del cerebro, y por las vías nerviosas o por la sangre misma (mediante el tejido llamado *neuroglia*, que será el puente de paso entre el sistema nervioso y la sangre, como pensaba nuestro malogrado Achúcarro) la onda, llega a las glándulas citadas, que vierten instantáneamente en el torrente circulatorio sus secreciones; y estas secreciones producen, a su vez, los distintos cambios vegetativos que, al ser percibidos, nos hacen saber que estamos emocionados: el escalofrío que recorre la espalda, el golpeteo



Retrato del doctor G. Marañón, por Zuloaga

de la sangre en las sienes, el enrojecimiento del rostro, etc. Hasta fenómenos tan extraños como la canicie súbita ocasionada por el terror, tan explotada en la literatura y de la que en la realidad hay ejemplos indudables, se explican hoy por la intervención de las secreciones internas en el momento emotivo. De la mayor o menor facilidad para entrar en juego este sistema neuro-glandular, dependerá el que el sujeto sea más o menos emocionable.

Varios investigadores, en los últimos seis años, han ido aportando razones teóricas o experimentales, para demostrar esta hipótesis del mecanismo glandular de la emoción, que se consolida rápidamente en la ciencia. Estas razones son: 1.ª, muchos enfermos de estas glándulas tienen, como una de sus principales manifestaciones, una emocionabilidad exquisita. 2.ª, analizando clínicamente el «temperamento emotivo» que presentan muchos hombres y mujeres, se descubre que los rasgos fundamentales de este temperamento son manifestaciones funcionales incorrectas de las glándulas endocrinas. 3.ª, en los estados morbosos ocasionados por las grandes emociones, los síntomas principales corren a cargo de dichas glándulas; y, desde luego, gran número de las enfermedades glandulares están producidas o favorecidas por emociones bruscas o prolongadas. La guerra europea, ha dejado definitivamente aclarado, con innumerables ejemplos, este punto. 4.ª, ciertos estados emotivos, como el terror, reproducen exactamente el cuadro de determinadas enfermedades glandulares, a los muchos ejemplos conocidos en la actualidad (véase por ejemplo el sugestivo libro de Crile: *The Origin and Nature of the Emotions*) puedo agregar mi observación de algunos sujetos aterrorizados, recién extraídos entre los escombros de una catástrofe ferroviaria, que por su temblor de las manos, su palpitación, sus sudores, sus ojos estuporosos y hasta, en una mujer, por el abultamiento del cuello, simulaban con precisa exactitud el aspecto de la llamada «enfermedad de Basedow». 5.ª, algunos investigadores, como el fisiólogo americano Cannon, han podido demostrar, en el animal, que, en efecto, esas secreciones glandulares, irrumpen en gran cantidad en la sangre, durante los momentos de intensa emoción. Nosotros mismos hemos visto recientemente, analizando la sangre de los aviadores, la influencia que la emoción del vuelo ejerce sobre la cantidad del azúcar sanguíneo, factor dependiente, en gran parte, de la actividad de dichas glándulas. 6.ª, por fin, hemos podido llegar nosotros a la demostración de un punto, fundamental para la teoría de que hablamos; esto es, a la producción de las modificaciones orgánicas de la emoción, *pero sin emoción*, mediante la infección de uno de los más activos principios glandulares, la adrenalina, en sujetos con la función tiroidea previamente exagerada, ya espontáneamente (por enfermedad) ya artificialmente (por la ingestión prolongada de medicamentos tiroideos, como suelen hacer algunos obesos con el fin de adelgazar).

En estas condiciones, cuando hay, por lo tanto, en la sangre, un previo exceso de principios tiroideos, basta la inyección de una pequeña cantidad de adrenalina, para que el organismo se encuentre en las mismas condiciones que el de un hombre fuertemente emocionado: su pie,

se eriza («carne de gallina»), tiemblan sus manos y sus piernas, el corazón palpita fuertemente, la mirada se fija y dilata. Un observador cualquiera, creería que este sujeto sufre una impresión violenta. El mismo, se da cuenta de su estado, igual al de la emoción. Pero está, sin embargo, absolutamente sereno; sonríe tranquilamente; *la emoción falta por completo*.

Y aún puede suceder, para mayor fuerza demostrativa del experimento, que el sujeto, si es muy impresionable, al percibir las modificaciones de su falsa emoción, acabe por emocionarse realmente; por que el espíritu tiene tal hábito de relacionar esas modificaciones físicas con la emoción, que esta puede llegar a suscitarse, como varias veces hemos visto, por este mecanismo inverso o centrípeto. Esta es la explicación de que los actores, fingiendo con vehemencia un determinado estado de ánimo, puedan llegar a sentirlo realmente. Así lo han declarado muchos, en estudios llevados a cabo en todas partes; nuestro gran trágico Enrique Borrás dice por ejemplo (en un interesante libro sobre las emociones del Dr. Alcayde): «yo puedo ejecutar cierto número de los movimientos expresivos de una emoción, en estado frío. Pero a medida que aumentan esos movimientos, aumenta también la dificultad de permanecer frío (sin emoción)». En forma grotesca, esto mismo imagina Figaro para asustar al Don Basilio del *Barbero*: agitándole la mano con un temblor mecánico y asegurándole que está pálido, le hace sentir, centrípetamente, la emoción del miedo a la enfermedad.

Aparte del interés psicológico de estos nuevos puntos de vista sobre la emoción, en la clínica humana tienen también verdadera importancia, puesto que marcan el camino para intervenir y aliviar los estados emotivos, cada vez más frecuentes en los días azarosos que atraviesa la humanidad. No se olvide que la emoción, que tanto eleva el espíritu humano, es, sin embargo, una de las causas que más quebrantan al organismo. Cada uno de los momentos pasionales que el hombre moderno vive a diario y que frecuentemente acaba por necesitar y buscar, como se busca el alcohol y el opio, deja un grano de escoria en la máquina humana, que, poco a poco, se acumula y con frecuencia llega a entorpecer seriamente su marcha fisiológica. En este punto la preocupación vulgar de atribuir las más variadas enfermedades a una emoción (preocupación que los médicos han juzgado durante años y años con una injusta sonrisa de desdén) es, casi siempre, exacta: cada día reconocemos, con mayor precisión, los estragos que en la salud del hombre causan los estados emocionales y singularmente esa emoción terrible de nuestro tiempo: *la impaciencia, la prisa* desordenada de llegar, que a todos nos agita y que aniquila tantas inteligencias y tantos corazones.

He aquí, en términos muy escuetos, el modo en que hoy debemos plantear el problema de la emoción. No hemos llegado aún al final del camino de su conocimiento. Pero la nueva altura escalada, nos permite abarcar, desde su cima, en una mirada de conjunto, la totalidad del sugestivo fenómeno de la emoción, hasta ahora percibido sólo fragmentariamente.

G. MARAÑÓN



Constantinopla.—Una calle de Stambul



Constantinopla.—La mezquita de Süleymanî

ACTA DE LA

QUINCENA

La actualidad sigue arrojando tristezas. Sobre España cae el diluvio de sangre. Crímenes sindicalistas, patronos agredidos. Desde nuestra crónica anterior a la presente han sido once los atentados...

En el resto del mundo, la violencia impera, olvidados los respetos a la justicia, suprimidos los sentimientos de la equidad. Concluida la guerra, los vencedores lo han hecho todo, menos algo que les importaba profundamente: rasgos de benevolencia, ejemplos de generosidad. Diríase que no son hombres los que actúan, sino que la recia espada de acero es la que resuelve con la mentalidad propia de la fuerza. Eso que se llama Liga de las Naciones, no parece hasta el presente sino un degolladero. Se están repartiendo el mundo los que triunfaron, y cada hora suena un lamento. Razas nobles condenadas a perdurables servidumbres; pueblos indefensos sometidos a la codicia de los que lograron la victoria; la geografía política trocada en un inverosímil mosaico...

Un despacho de Londres dice: «Los asuntos de Turquía están resueltos». Esto significa que Turquía no existe ya. De treinta millones de hombres sobre los que mandaba el Comendador de los creyentes, sólo le quedarán seis: Francia e Inglaterra ejercerán el protectorado sobre el resto de los camanlies. Y esas depredaciones van acompañadas de las actividades mercantiles que son, en último término, las que han preparado la guerra y ahora quieren cobrar en carne de siervos sus auxilios a los combatientes.

Sólo se mantiene en pie Holanda, con su nobilísima resistencia a entregar al Kaiser. Si Holanda no existiera, se habría perdido la dignidad del género humano.

En lo que se refiere a la política interior de España, sería inútil que gastemos tiempo y vocablos. Siempre lo mismo. Una crisis ministerial, otra crisis ministerial, la perpetua amenaza de nuevas crisis... Y un enflaquecimiento morbos del principio de autoridad.



El insigne sabio D. Leonardo Torres Quevedo, nuevo académico de la Española.—(Fots. Vidal)



Sr. Bugalla, Ministro de Hacienda

Este Gobierno que preside el Sr. Allende-Salazar, se había constituido patrióticamente para aprobar los Presupuestos. Se abrieron las Cortes y allí se discutió de todo menos de la Ley económica. Ahora empieza el examen de los dictámenes de la Comisión; y va despacio, lentísimamente. Siete años llevamos buscando un presupuesto, y en ese período se han formado todos los Gabinetes posibles e imposibles. Ninguno dió término a sus compromisos, porque no se lo consintieron las minorías. Y como este es un Parlamento de minorías los ratones mandan. No hay un león dominador en la fauna política. Y eso es lo que necesitamos: un león, muy fiero, invencible.

El presupuesto que se elabora, supone un aumento considerable en los gastos. Es natural. Es inevitable. El encarecimiento de la vida, hace de los funcionarios públicos tristes ilotas que perecen en la escasez. Y es necesario, es justo, que los contribuyentes paguen a quienes les representa, sino con la debida abundancia, con el reconocimiento de las realidades. Si el kilo de pan vale hoy cuatro veces más que en tiempos de Mendizábal, han de ser elevados los sueldos en esa misma proporción.

Entre las elevaciones de créditos para pagos de haberes que la Comisión de Presupuestos de la Cámara popular ha aceptado, figura el del Clero. El pobre cura y todos los otros mantenedores de la doctrina de Dios en los coros de las catedrales y en las aulas de los seminarios, viven en la más espantosa miseria.

No será posible olvidar que ese Mendizábal de quien hemos hablado hace poco, arrebató a la Iglesia sus propiedades y la privó de medios. Trece millones de pesetas ha votado la Comisión de Presupuestos en favor del clero. Es poco, pero es algo. A lo menos significa el reconocimiento de la justa petición. En lo que han errado estos generosos parlamentarios, ha sido en imponer dificultades, en ofender a los Obispos, en requerir amortizaciones catedralicias.

Aun así, nosotros vemos con simpatía que los curas párrocos reciban un 50 por 100 más de sus misérrimos sueldos.

Un debate de interés se ha sostenido en las Cámaras: el de la pretendida elevación de los tarifas ferroviarias. Es difícil el caso. Por una parte, hay que reconocer que, costando los servicios de tracción y administración doble que en el año 1874, las empresas de ferrocarriles se hallan en trance de muerte. Pero también hay que considerar que la elevación solicitada impondrá nuevos gravámenes al pueblo, contribuyendo a que los precios de los mercados aumenten más y más.

Ved el tren que sale. Pita la locomotora, arroja tempesta-

nos ampare en esta falta de preclaros juicios» concluía el magno estadista.

El insigne Torres Quevedo ha sido elegido académico de la Española, para ocupar la plaza vacante por muerte de Pérez Galdós. Ha sido preciso vencer la noble humildad del sabio para que aceptase este honor. No sólo premia de este modo la Real Academia Española los méritos eminentísimos del inventor del telekino, sino que busca un colaborador preciso en la reforma del Diccionario, en el que han de entrar tantas y tantas voces correspondientes al nuevo modo de ser de las ciencias.



Solemne acto de inauguración de la «Sala de Cervantes», en la Biblioteca Nacional, con asistencia de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, de SS. MM. las Reinas Doña Victoria y Doña María Cristina, y de S. A. R. la Infanta Doña Isabel

(Fot. Vidal)

des de humo blanco y negro. Avanza, arrastrando larga serie de vagones. La partida de un convoy ferroviario, produce siempre en el espectador una impresión de grandeza. Aquello es la fuerza disciplinada, una organización de múltiples elementos, la disciplina de una industria, la coincidencia de múltiples intereses. Pues mirad que si la escasez de numerario, la miseria de los ingresos, el desnivel entre lo que se cobra y lo que se paga interrumpiesen el ir y venir de los trenes, retrocederíamos bruscamente a los tiempos en que aun no habíamos nacido, y la ruina total de la nación sobrevendría trágicamente.

Este es uno de los problemas más difíciles de resolver. Y nos asombran la indiferencia de los que piden y de los que niegan. Ya dijo Cánovas, interviniendo en un debate sobre los ferrocarriles, que España no tiene ni el mecánico que guía la locomotora, ni el guardagujas que evita los choques. «Dios

Torres Quevedo llevará a la Academia la luz de su entendimiento, la doctrina de su sabiduría.

En Portugal no se vive. Desde aquel atentado odioso que costó la vida a un Rey y a un Príncipe heredero, todo es allí barahunda y trastorno. Ese país está dominado por las sociedades secretas. Carece de un hombre enérgico que se imponga. No hay un día de calma, no hay una hora de tranquilidad.

Triste es, en verdad, el caso; porque los lusitanos son buenos, creyentes, laboriosos. Gobierna allí una minoría descontentadiza. Los que menos valen, se imponen. Nación que merecía la ventura y sufre perpetuamente en el dolor.



UNA VISITA INTERESANTE

Al terminar el mitin católico social femenino, uno de los actos más importantes del Congreso de Sindicatos Femeninos de París, al cual fui invitada y en el que tomé parte representando a las organizaciones sindicales femeninas de España, se nos acercaron a las delegadas españolas la Srta. Elisa Calonge y quien abajo firma, varias señoras pertenecientes a l'Action Sociale de la Femme, importante Asociación francesa, con la cual mantiene excelentes relaciones Acción Católica de la Mujer.

Después de dirigírnos palabras muy afectuosas para nuestro país y la causa del feminismo católico, nos invitaron a que acudiésemos el miércoles 28 del pasado mes de Enero, a su domicilio social de l'Avenue Georges V, núm. 35; pues tenían una reunión importante y deseaban nuestra asistencia.

Gustosísimas aceptamos, tanto más cuanto que figuraba en nuestro programa esa visita ineludible para nosotras que llevábamos la representación de Acción Católica de la Mujer.

Todo lo que veíamos, oíamos y observábamos nos satisficía, pues reinaba en el Congreso espíritu católico, se advertía en las que tomaban parte en él una preparación, una formación admirable, que las ponía en condiciones de discutir los temas de un modo que nos llamó la atención, debiendo advertirse que en el Congreso actuaron en su inmensa mayoría, obreras, empleadas, que conocían sus intereses profesionales de un modo maravilloso; pensando yo entonces en la necesidad que tenían nuestras mujeres, de todas las clases sociales, de esa formación sin la cual no hay acción posible, ni éxito verdadero para nuestras obras.

Digamos de pasada que existe una *Ecole Normale Sociale*, que prepara a las propagandistas, a las sindicadas, y que cuenta con inteligencias claras y talentos muy seguros.

A la hora indicada, llegamos a la casa social, un hotel, de l'Action Sociale de la Femme... Y nos encontramos con la sorpresa agradabilísima, de que daba una conferencia nada menos que el P. Rulteu... Para los un poco metidos en el campo social, este nombre dirá mucho ya que lo lleva una personalidad en dicho campo, muy admirada y respetada en España, la España sociológica naturalmente: para los que aun no han hecho más que penetrar o llamar al dintel de la puerta de la acción social, no dirá tanto el nombre del célebre dominico belga... A estos últimos les agregaré que P. Rulteu es el apóstol de la sindicación obrera en Bélgica, es el fundador de los sindicatos católicos de su país, los de obreros: para mejor conocer la vida del minero, bajó a las minas y trabajó en ellas: se hizo obrero y estuvo en fábricas, es decir, que es un hombre, no solo de gran inteligencia, de un corazón todo compasión y amor hacia los humildes, sino también una voluntad de hierro que no retrocede, antes se agiganta, con la lucha, con las dificultades...

Para mí, que una vez había visto, unos minutos nada más, en sus sindicatos al Padre Rulteu, y que participaba del respeto y admiración de los sociólogos nuestros, fué una satisfacción grande el encuentro, y una alegría... social, el escuchar al elocuente dominico aquella tarde de nuestra visita a l'Action Sociale de la Femme. La conferencia trató naturalmente de sindicatos, de cooperativas, el Padre Rulteu hizo historia de lo que en Bélgica existía, y formuló su deseo vehemente de que, para reforzar la sindicación, la cooperación católica, se hiciese no solo cada nación entre sí, sino todas en una confederación internacional católica, palabras que fueron acogidas con grandes aplausos. Habiéndose derivado la discusión hacia el tema de palpitante actualidad femenina, el voto para la mujer, y hecha una pregunta

por Madame Cheim, presidenta de l'Action Sociale de la Femme, al P. Rulteu, éste se expresó en los siguientes términos: «No es hora ya de discutir si debe o no concederse el voto femenino, es un hecho consumado, y ante esto no hay más que inclinarse; lo que urge, lo que es necesario, es que nos organicemos para sacar el mayor partido posible para nuestra causa». Y, agregó, que en Bélgica se había formado una Liga con este objeto, en la que entraban todas las mujeres honradas, exigiéndolas que respetasen en absoluto los principios religiosos; el P. Rulteu dijo creía se unirían a ellas las de otras naciones, y entonces, y como hubiese pronunciado el nombre de España, Madame Cheim, me invitó a hablar, haciéndolo así, exponiendo el catolicismo de la inmensa mayoría de las mujeres españolas, detallando lo que era y como funcionaba la Acción Católica de la Mujer, creada por el Cardenal Primado, y la Asamblea nacional organizada por ella que pensaba celebrar en Mayo, en cuya Asamblea se estudiará naturalmente, entre otros extremos del feminismo, la cuestión del voto para la mujer española. Y creyendo interpretar los sentimientos de los «sociólogos de primera fila» sobre todo de mi país, saludé en nombre suyo al P. Rulteu haciendo votos para que realizase un viaje a España..., saliendo que el elocuente apóstol de la sindicación obrera católica agradeció y devolvió cuando minutos después, terminada la reunión tan interesante a la que tuvimos el gusto de asistir las dos delegadas españolas, se acercó a nosotras el P. Rulteu que se despidió pronto para ir a dar una segunda conferencia a l'Ecole Normale Sociale.

Las señoras de la Junta directiva de l'Action Sociale de la Femme estuvieron deferentísimas con nosotras; con sincero interés nos rodearon y no pocos sociólogos también que allí se encontraban, preguntándonos sobre el movimiento femenino español, y respecto a ese otro pesimismo neutro, contra el cual han de combatir también ellas, impulsado, según claramente nos manifestaron, en todas partes, por la masonería... Como aún en nuestra patria existen señoras tan «crédulas», por no decir más, que se figuran estar en asociaciones bien vistas por la Iglesia, cuando se les ha dicho una y mil veces que no tenían aprobación eclesiástica y detrás de unas apariencias de cultura encierran tendencias malsanas, conviene que sepan lo que en París nos dijeron. Madame Cheim y Madame Girod de l'Ain, encargada esta última de la Sección extranjera en unión de Madame Gautier Lacazes, secretaria en Burdeos, persona muy afectada a España y de mucho valer, nos hicieron visitar la casa, y la sección du «Livre» tan interesante, del que está encargada una señorita, y que indica a las señoras los libros cuya moralidad los coloca en la lista de los que se pueden leer.

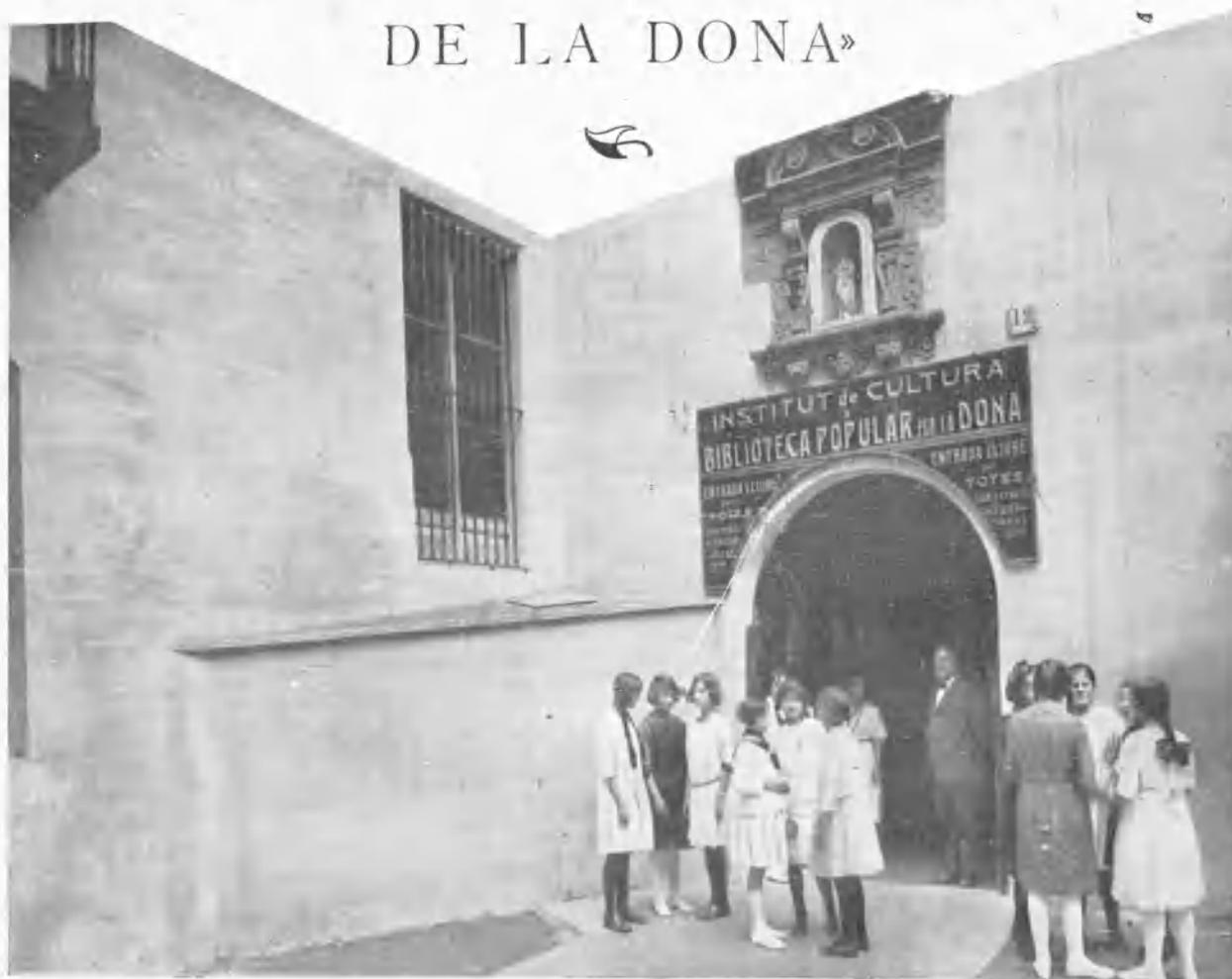
Por tanto, y ya que en nuestro país hay mucho público femenino que lee en francés, puede dirigirse a la Sección du «Livre» o suscribirse al Boletín de l'Action Sociale de la Femme, Avenue de Georges V, número 35, París, y sabrán las lecturas que han de hacer y los libros que han de comprar.

Antes de despedirnos, nos anunciaron las señoras de l'Action Sociale, su proyecto de celebrar en Abril, unas «journées» como ellas las llaman, en las que se estudiarán y discutirán temas sobre la Familia, el Trabajo y la Patria.

L'Action Sociale de la Femme me ha pedido le mande este número en el que la doy a conocer... Será un lazo más que estreche la unión que reina ya entre las católicas que en Francia laboran por la misma causa que nosotras, y las que en España no tienen más bandera que la del catolicismo social.

MARIA DE ECHARRI

EL «INSTITUT DE CULTURA I BIBLIOTECA POPULAR DE LA DONA»



ORRESPONDIENDO A HONROSA Y delicada invitación, hemos de dar a las lectoras de VOLUNTAD una breve noticia de la institución femenina cuyo título encabeza estas líneas. Tiene por objeto principal proporcionar a la mujer aquellos conocimientos que tiendan a ampliar su cultura y ofrecer a la obrera en particular cuanto pueda serle

útil para el mejoramiento de su condición. Contribuye a ello, ya con las clases que tiene establecidas, ya proporcionando a sus asociadas todo lo que esté en armonía con las exigencias de la época.

Comprende las secciones: Biblioteca, Clases, Bolsa de Trabajo, Sección recreativa.

La Biblioteca está dividida en general y pedagógica, ambas circulantes, pudiendo las asociadas que lo prefieran, leer en la propia Biblioteca el libro que les interese.

Para dar una idea de la creciente importancia de este servicio, basta indicar que el número de libros dejados a domicilio ha subido, de 3.145 a que ascendió el primer año de su funcionamiento (1909) hasta 16.304 que alcanzó el año 1918 y que el de los leídos en la misma Biblioteca ha aumentado en igual intervalo de 251 hasta 1.551.

Las clases, que son muy numerosas, se dividen en generales (que proporcionan conocimientos comerciales y profesionales), clases para delineantes, especiales (destinadas a ampliar los conocimientos adquiridos por las alumnas en su educación), particulares (en que se dan conocimientos determinados que a las alumnas interese poseer), semanales (en que se dan conocimientos complementarios y domésticos, por ejemplo, cocina, repostería, etc.), clases complementarias y cursillos (para ampliar la cultura general de las asociadas) suplementarias (que funcionan sólo los domingos y son destinadas a las obreras que por la índole de la ocupación no pueden

asistir a las clases generales) y clases de verano, preparatorias para el ingreso en las del nuevo curso.

Las más importantes son las generales que comprenden los siguientes estudios: Idiomas (catalán, castellano, francés, inglés, alemán), Comercio (Aritmética, Cálculo Mercantil, Teneduría de Libros, Correspondencia Comercial), Taquigrafía, Dactilografía, Geografía general y comercial, Historia, Geometría, Arte Aplicado y Arte Profesional, Trabajos manuales (coser, zurcir y remendar, encajes a la aguja y al bolillo, bordados a mano y a máquina, flores artificiales), Educación Física.

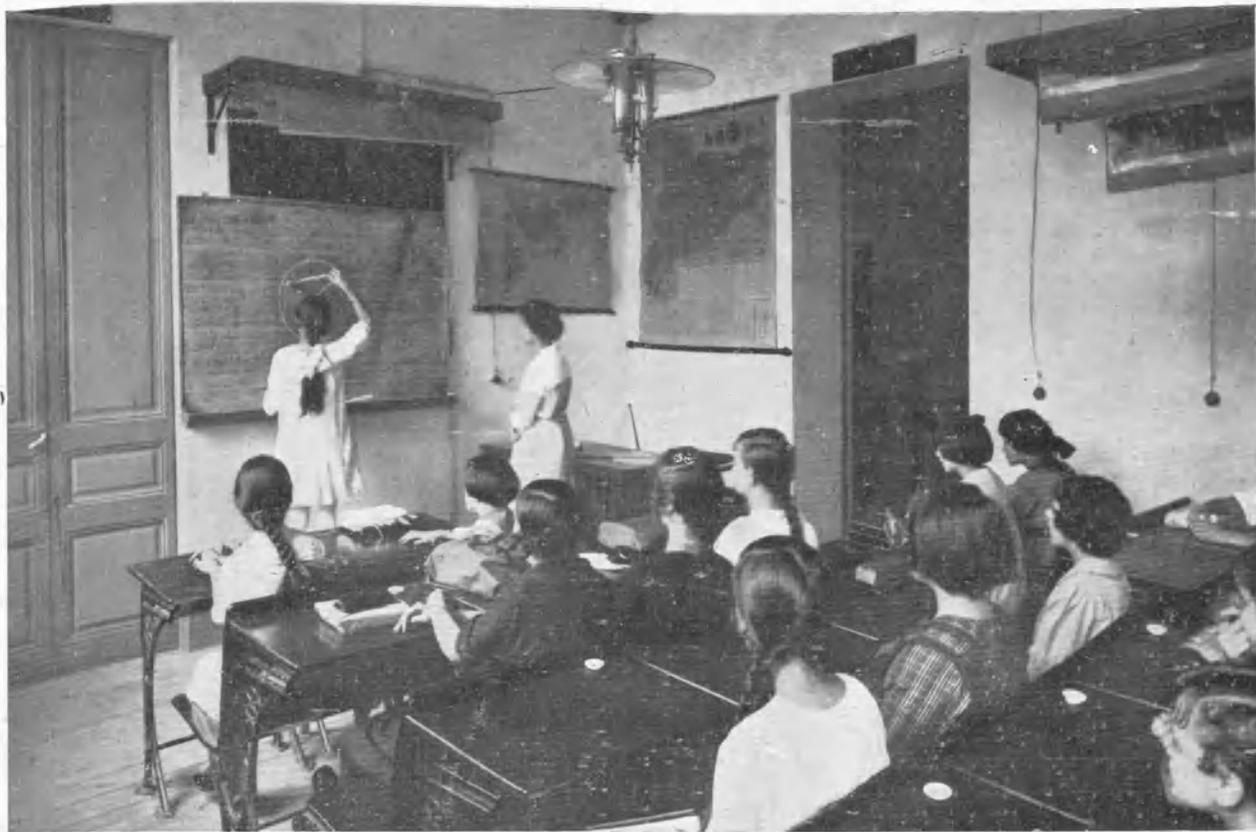
Estas clases que tuvieron en el curso de 1910-1911 283 matrículas, llegaron a tener en el curso 1918-1919 2.535 matrículas y en el curso actual son 1.018 las alumnas matriculadas, cursando cada una un promedio de tres o cuatro asignaturas, lo que da un resultado de 3.500 matrículas expedidas, siendo la angostura del local la causa de no haber podido ser admitidas unas 700 solicitantes.

No detallaremos hoy, a fin de dejar materia para otras crónicas, la enseñanza de las otras clases y el movimiento de personal que ha habido en ellas, como tampoco las otras innumerables actividades a que, lo mismo en el orden religioso, que en el cultural y recreativo, se dedica el «Institut».

Fijaremos solamente nuestra atención en un carácter de nuestra enseñanza que responde perfectamente al espíritu de la Institución y que nosotras conceptuamos de capital importancia. Es la lengua en que se dan las lecciones, que como es sabido, es en el «Institut» la catalana.

No fué un motivo político el que a ello indujo, ni siquiera fué predominantemente patriótico. Fué simplemente el deseo de la eficacia.

La enseñanza dada en lengua distinta de la del alumno nunca alcanzará, ni con mucho, la eficacia que alcanzara si en lengua propia se diese. Y cuando los alumnos son, como es



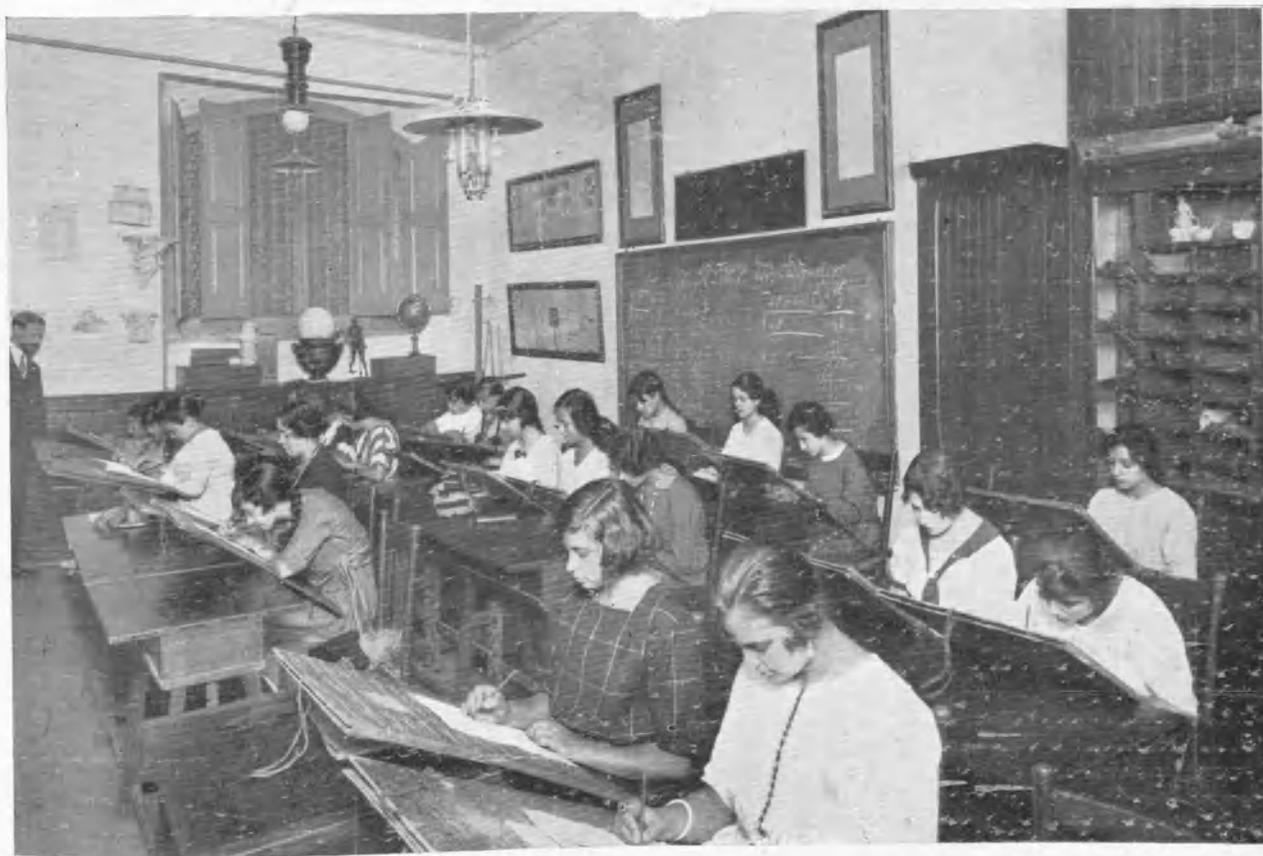
Clase de geometría

caso corriente en nuestra Institución, muchachas del pueblo que conocen deficientísimamente la lengua oficial, sube de punto la necesidad de acomodarse a su naturaleza.

Es un profundo y funesto error pedagógico, el creer que el maestro modela a su talante el alma del alumno, debiendo por tanto ésta acomodarse a aquél, como la arcilla a las manos del alfarero. No. El maestro es por el contrario el que debe acomodarse al alumno para sorprender la evolución que en su

alma se opera, en la disciplina particular que le enseña, y dirigirla por caminos de luz hacia el ideal de toda educación.

La naturaleza, el hábito, la familia, han establecido en el organismo del alumno ciertas conexiones automáticas entre determinadas palabras y las ideas o emociones que ellas representan. Prescindiendo de estas conexiones, despreciarlas, querer que las ideas y las emociones se despierten en el alma del educando al conjuro de otras palabras, es condenarse vo-



Clase de dibujo

luntariamente a la violencia, a la extorsión, en una palabra, a la esterilidad.

Esta es, sin duda alguna, la razón de la escasa eficacia de la Escuela nacional en Cataluña. A pesar de ser esta región la que envía mayor número de niños a la escuela, es de las que mayor término medio tienen de analfabetos. Nuestra escuela nacional enseña, a lo más, no a leer —operación intelectual— sino a deletrear más o menos rápidamente, pero siempre fatigosamente, palabras que no despiertan ninguna luz de idea, ningún rescoldo de emoción en el alma del niño. ¿Qué maravilla que al dejar la escuela se procure olvidarlo en seguida?

Y no es tan sólo en la escuela primaria donde esta esterilidad se manifiesta. La historia se ha encargado de demostrarla en la esfera de la alta cultura que sólo ha tenido en Cataluña nombres ilustres cuando la aplicación al trabajo, cualidad que nunca suele faltar a los hijos de esta tierra, ha sido acompañada por la fidelidad al propio idioma.

Nadie desconoce los grandes prestigios científicos y literarios de la Cataluña de los siglos medios; conmemórase, en cambio, a duras penas, alguno que otro nombre catalán co-

rrespondiente a los tres siglos de abandono de la lengua; pero bastó que a mediados del siglo pasado se volviese al uso del propio verbo para que reverdeciesen gloriosamente los antiguos lauros. No es esta lección de las que se echan fácilmente en olvido.

Si, pues, en Cataluña el uso del propio idioma es condición ineludible de éxito, hasta el punto de que no pocas veces la solución del problema de elección de idioma sea augurio de vida o de muerte para las instituciones, el «Institut de Cultura i Biblioteca Popular de la Dona» no podía, amante como es de la eficacia, dejar de aceptar el augurio de vida y fecundidad y no condenarse a sabiendas al fracaso de sus trabajos.

He aquí por qué sus profesores hablan en clase en lengua catalana. He aquí también por qué, fieles al mismo criterio, hablan en castellano a las alumnas procedentes de otras regiones.

La naturaleza, cuando se le guarda fidelidad, da el ciento por uno. Tal es, fuera de todo prejuicio de cualquier orden, nuestra divisa.

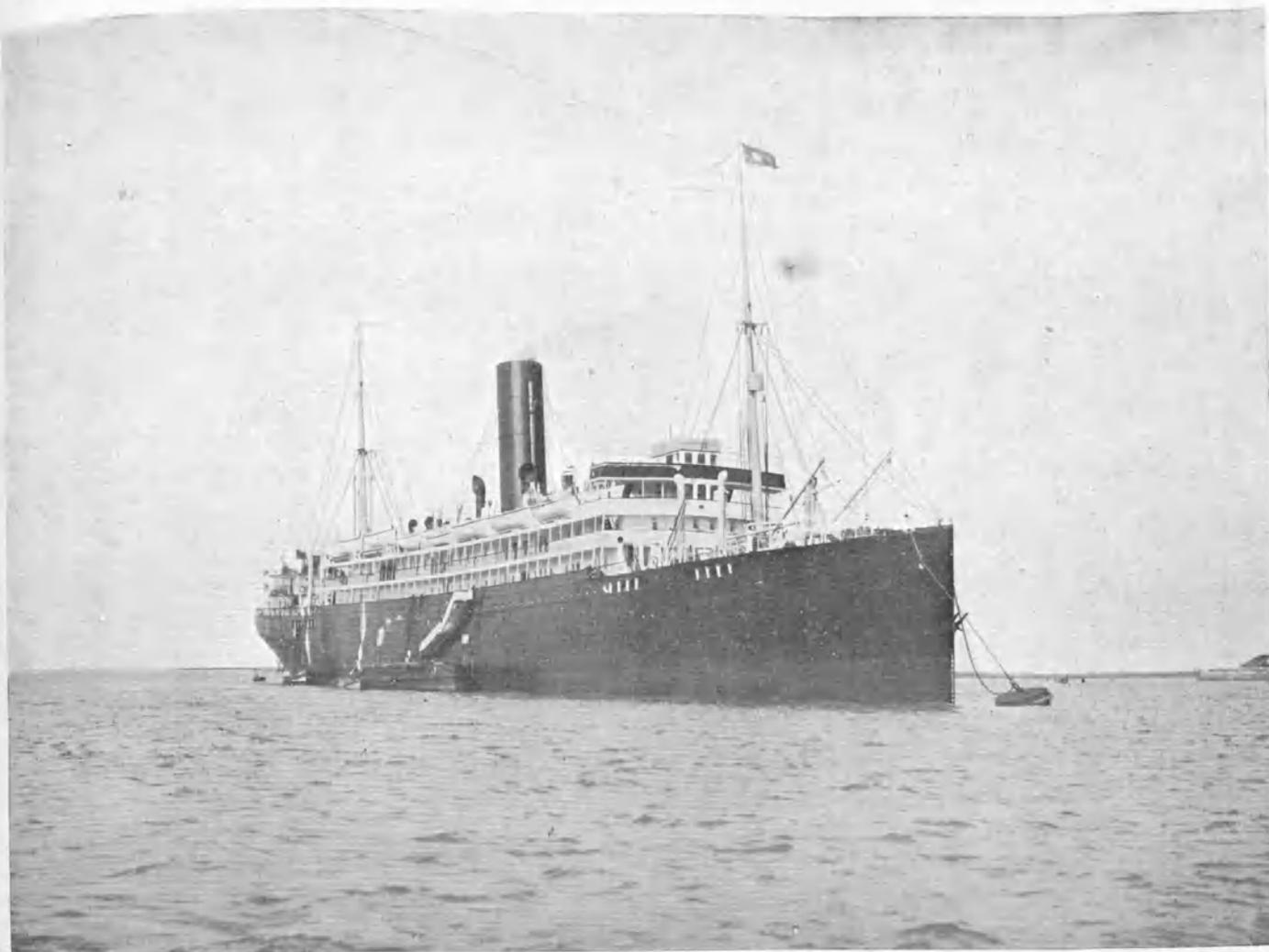
V. C.



Clases de bordado y de mecanografía

Salón de lectura de la Biblioteca popular





Servicio de la Compañía Trasatlántica

LINEA DE CUBA MEJICO.—Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Saliendo de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES.—Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA MEJICO.—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA.—Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO PÓO. Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

LINEA DE BRASIL-PLATA.—Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábricos a New-York, y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y esmerado trato, como lo acreditó en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

La Electro-Mecánica Ibérica

Ascensores OTIS PIFRE
Calefacción - Maquinaria

Ronda de Atocha, 32-34 = MADRID

Flores
y Lilar

MODISTAS

ACUDEN A TOMAR
ENCARGOS A DOMICILIO



Es el mejor sustitutivo del café



Malta ROYALIX

Bebida higiénica, refrescante y alimenticia

De venta en todos los establecimientos

Manuel García
FABRICANTE

Calabria, 67 BARCELONA Tel. 3105 A

REJERIA Y APARATOS DE LUZ
HIERROS DE ARTE JULIO PASCUAL TOLEDO
FORJA Y CINCELADO

ALIMENTOS VEGETARIANOS Y DE REGIMEN PARA SANOS Y ENFERMOS
CENTRO NATURISTA "VIGOR"
FABRICA Y ALMACENES Calle Masini, 90 (5) DE SPACHO
Tatalgar, 5 Tel. 7995P BARCELONA
DEL ESTOMAGO VIENTRE DIBETICOS OBESOS ANEMICOS TU BERCULOSOS NEURASTENICOS ALBUMINURICOS, etc.

Quesos = Mantecas = Comestibles finos

Rivas García

Peligros, 10-12 MADRID Teléfono 678



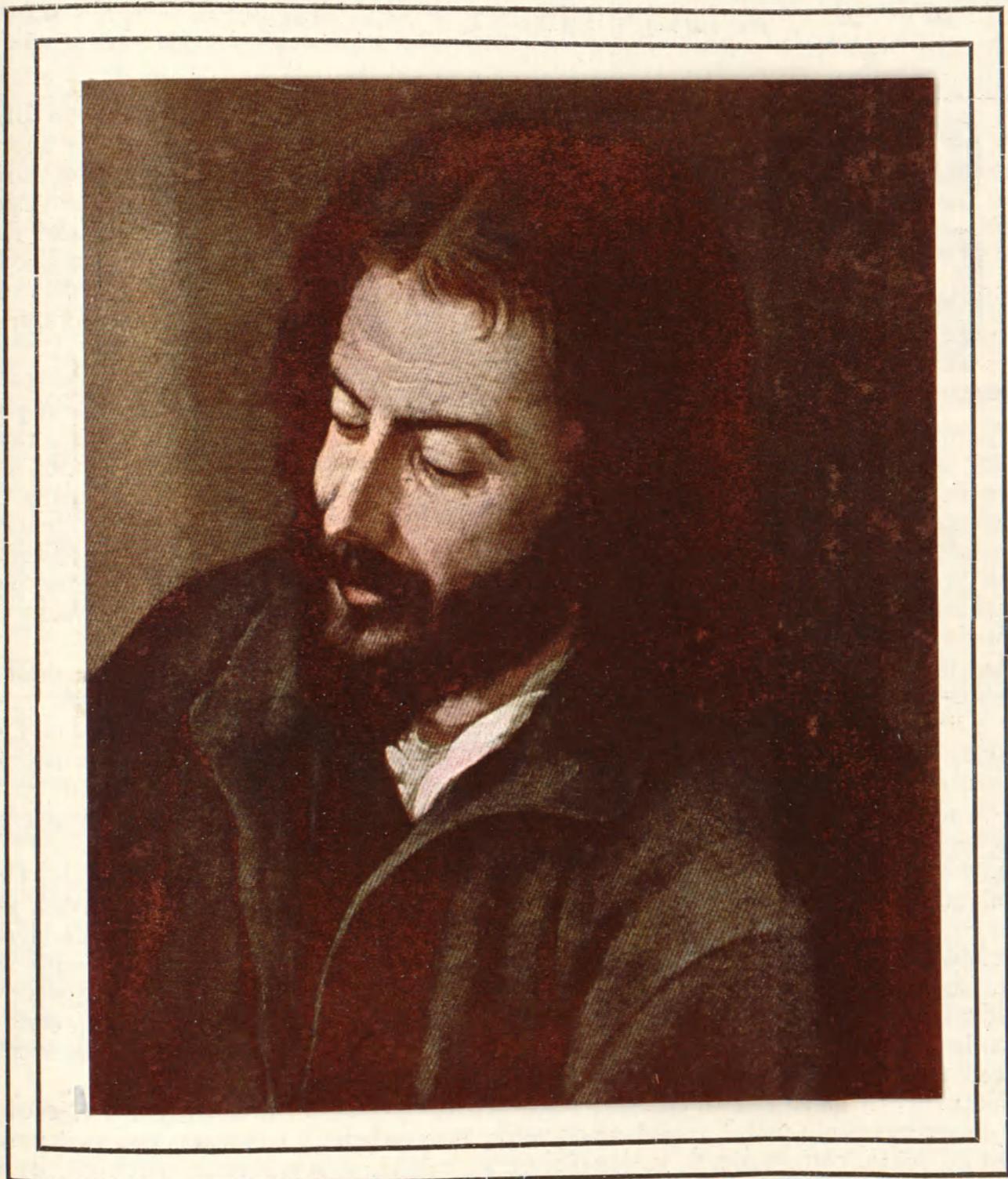
J. M. Maumejean, H^{nos}

Vidrieras artísticas

Mosaicos venecianos

Fábricas: MADRID y SAN SEBASTIAN

Paseo de la Castellana, núm. 64 MADRID



SAN JOSÉ

FRAGMENTO DEL CUADRO DE MURILLO «LA SAGRADA FAMILIA»



LUCES DE ALBORADA

A LAS MUJERES ESPAÑOLAS



LEY DE LA HISTORIA, DONDE SE VE LA MANO DE LA divina Providencia que en los tiempos de adversidad y de infortunio surjan los grandes caracteres, los sublimes rasgos, las conversiones prodigiosas, los ímpetus del genio individual, los grandes movimientos del alma colectiva. Singularmente en España, cuyos anales se han forjado a golpes, como el hierro sobre el yunque, ha respondido siempre a toda tribulación universal un vigoroso florecimiento del espíritu, maravillosamente iniciado y defendido por voluntades y corazones de mujer.

La transición angustiosa de la Edad Media al Renacimiento, promueve en medio de las tinieblas de Castilla una expansión juvenil, una primavera intelectual, cuyas doradas lumbres, no apagadas aún, esclarecieron la vida generosa de dos mundos. Y fué una dama española, fué la Princesa de los ojos azules, quien, luego de luchar a vida o muerte con aquella sociedad corrompida y anárquica, digna de su cobarde rey Enrique IV, encendió la luz de tan altos luminare. Un siglo después, cuando las furias paganas de la Reforma corrían desatadas por la tierra, tropezaron con el escudo más firme, con el acero de más temple, no en las picas de los famosos tercios ni en las plumas de los sabios teólogos ni en las espadas de los grandes capitanes, sino en la voluntad y el corazón de una doncella sin letras, de una pobre monja carmelita.

Las más gloriosas misiones suelen tener humildes principios. De una desnuda celda monacal, de un rinconcillo oscuro, salen a veces pensamientos y propósitos capaces de transformar la tierra. ¡Cuántas renovaciones se estarán forjando a esta sazón, en la soledad y en el silencio, al margen de los sucesos dramáticos y estruendosos de nuestro siglo! ¡Cuántos votos sublimes acariciados y prometidos en las penumbras del hogar y del templo, en estos días de apartamiento y de oración para las almas que aún se conocen inmortales y quieren sacudir las alas sobre el fangol

Como en los tiempos en que andaba la princesa de los ojos azules por el mundo, hay en España ahora un poderoso renacimiento espiritual. Acaso el choque de las tragedias espantosas en que hoy se hunden las sociedades y los imperios, entre ríos de sangre y de lágrimas, contribuye a mover, como en siglos pasados, la voluntad y el corazón de la mujer española. No es uno solo, son muchos y conmovedores los indicios de este claro amanecer. Las pesadumbres nacionales del siglo XIX, el apocalipsis universal del siglo XX, están produciendo según la ley de la historia, una admirable reacción. He aquí los golpes con que se templen y se repujan los metales y las almas.

VOLUNTAD, fiel a su misión católica, social y femenina, quiere ir señalando aquí esos indicios de resurgimiento moral, esos íntimos votos, esas calladas y fervorosas renovaciones, que nunca aparecen, como estímulo y ejemplo, en las columnas de la Prensa, más inclinada a señalar la vana agitación de las cosas actuales, todo lo que flota por su misma inercia y liviandad, que las profundas y silenciosas corrientes de la vida interior en los hombres y en los pueblos.

En estos días de retiro y de paz de la Cuaresma, la Providencia del Señor, tan amorosa para España, está obrando tan copiosos y elocuentes prodigios ocultos los más, como suelen

serlo, en la intimidad de las conciencias, que hay quien supone, piadosamente pensando, que en el siglo actual le está reservada a nuestra Patria una misión muy semejante a la que tuvo en el Renacimiento. Su misión entonces fué de carácter dogmático, de acción teológica, para combatir la herejía. La misión de este siglo es de carácter ético y social, como corresponde a los nuevos problemas planteados en Europa.

Combatir el desorden, la sensualidad, la licencia de las costumbres y las modas, los escándalos de la riqueza y del lujo, la vanidad y la codicia; el culto al deleite, al oro, a las satisfacciones de la carne, a los halagos del éxito: he aquí, en principio, la necesidad más apremiante, la justificación de una vigorosa cruzada. Todo eso, que es el disolvente de la familia y de la sociedad, la muerte de la inocencia, del pudor, la esclavitud de la mujer, la afrenta de la esposa y de la madre, es, al mismo tiempo, la más terrible sementera de odios que puede haber en el mundo. ¿Cuáles son los orígenes de la guerra de clases, de la guerra de pueblos que han convertido a Europa en una inmensa bacanal de sangre?

Imaginad, en este ambiente de impureza y brutalidad en que vivimos, el alto valor, la profunda trascendencia que tienen votos como los siguientes, hechos al pie del altar por insignes damas españolas y que han llegado hasta nosotros, por una coincidencia feliz, para dechado y ejemplo de cuantas quieran merecer el nombre glorioso de cristianas:

—Cada vez más tuya, Jesús mío, —promete con dulce ternura una de esas damas, al concluir sus ejercicios espirituales— iré al templo con la mayor modestia y seré apóstol de esta hermosa humildad que es tan de tu agrado.

—Prometo amar a Jesucristo con pasión —escribe otra dama— rompiendo con todas las vanidades por su amor, e ir vestida modestísimamente al templo y a todas partes como una verdadera hija de María.

—Alabado sea el Santísimo Sacramento. Con el alma entera —dice otra hija del Señor— prometo cumplir lo que se nos pide y aconseja, todo por amor a Jesucristo que tanto se ha descubierto a mí en estos ejercicios.

—¡Señor —exclama un alma fervorosa— que vea hasta qué punto te agrada esa perfecta modestia que nos predicán en tu nombre! ¡Que la lleve al templo y fuera de él, por más agrado a Tí y romper con el mundo!

—Como fruto de los ejercicios que terminan hoy —consigna otra devota— prometo al Divino Corazón no sólo ir a la Iglesia con la más escrupulosa modestia sino siempre vestida así, y además, en lo que de mí dependa, conseguir y trabajar porque las más posibles lo hagan igualmente.

—Prometo —repite otra— ayudada de tu divina gracia, Jesús de mi alma, ir siempre vestida según la moral cristiana, y muy particularmente cuando vaya a la Iglesia.

Muchas páginas se llenarían sólo con las palabras sinceras y ardientes que en esta ocasión dejaron consignadas, en solemne voto, multitud de mujeres distinguidas, muchas de ellas eminentes en la sociedad española: —Hago firme propósito de ir siempre a la casa de Dios con modestia en el traje y en el espíritu, como verdadera cristiana. —Tomo la resolución de hacer todo lo que sea necesario para la mayor gloria de Dios. —Jesús mío; por vuestro amor deseo practicar en todo la modestia cristiana, suplicando que vuestra gracia me ayude...

Solamente quienes se hallen habituados a las glorias y vanaglorias, a los halagos y los éxitos del mundo, a las satisfacciones de la hermosura, de la elegancia, al disfrute de los privilegios sociales, comprenderán el espíritu de sacrificio, la profunda humildad, la verdadera trascendencia que tienen esas promesas, al parecer tan sencillas, como fruto de unos días de oración. Estas y otras muestras, que iremos señalando poco a poco, son el más hermoso indicio del resurgimiento espiritual de la mujer española.

Para completar estos apuntes, para estimular el corazón de nuestras lectoras, su fe, su abnegación, VOLUNTAD les ruega que envíen a tal fin unas palabras, una sencilla nota, una frase, una adhesión, una firma, que signifiquen una promesa espiritual, una prueba de que las españolas de ahora aman a Dios y a su Patria como en los tiempos en que andaba por Castilla la princesa de los ojos azules...

VOLUNTAD



UNA VISITA AL CARDENAL MERCIER

Atrás, van quedando los campos desolados, las poblaciones derruidas, los esqueletos o los vestigios de ciudades y villas que fueron: San Quintín, Maubeuge, Cheni... qué se yo; el tren vuela como si quisiera huir del panorama, y al fin entramos en Bélgica, que, apesar de sus padecimientos empieza a sonreír como un convaleciente a quien se le pronosticara que surgirá aun más robusto que antes.

Tres días en Bruselas, y luego una buena mañana de sol casi andaluz, casi argentino, a Malinas. Aquí había un hombre que para mí era una obsesión: el Cardenal Mercier. ¡Oh, el Cardenal Mercier!... En mi Patria, al otro lado del Océano me lo dieron a conocer sus libros, los artículos de periódico, las ilustraciones de las revistas, las imágenes de mi mente.

¿Será así este hombre? ¿Es paloma y león, es Ambrosio y Francisco de Asís? Y parecíame verlo nimbado por arambales de insólitos resplandores.

A las 9,15 a. m. salió el tren de Bruselas: eran sólo las 9,40 cuando entraba en agujas de estación Malinas.

Rígido el «Palacio del Arzobispo» al exterior, sólo el encanto de la sencillez (que es el más precioso de todos) ostentan sus muebles, sus adornos, su ambiente mismo interior.

Estoy en lo que podría llamarse la sala próxima: una mesa escritorio sin la menor pretensión; varias sillas, estantes de madera sin pintar repletos de libros, algunas vitrinas con medallas y documentos: arde la chimenea.

Ofanse dos voces de varón: una suave, dulce, aterciopelada, tal imagino de la del Nazareno; la otra fuerte, algo brusca. ¿Verdad que vosotros adivináis cuál era la del Cardenal Mercier? Pues también yo pensaba lo mismo.

Oigo despedidas y se abre la puerta. —Adelante—, y se me hace un gesto cariñoso.

Alto, delgado, cabello no escaso para su edad y que desciende por los lados hasta mitad de los oídos, líneas fuertes y definidas en su rostro, labios gruesos y ojos... oh, ignoro como los tenía; pero sé que son dulcísimos, pero sé que son indefinibles, pero sé que sus miradas constituyen su más intensa belleza física; y después... me senté sumergiendo mis miradas en las suyas.

—Argentino, (me dice), ¡ah, sí! he recibido mensajes de aquel pueblo durante la guerra; ¡qué pueblo tan gentil, tan amable!

—Es que en todo el mundo existen simpatías profundas hacia Bélgica y hacia su Eminencia; han sufrido tanto...

—Mucho; muchísimo (y advierto que sus ojos se desvían y se humedecen). Ahora mismo estoy envuelto en una gran tribulación. La Escuela Profesional Católica de obreros, la cual yo amaba tanto, fué totalmente derrumbada, y después de un año de paz, aún no ha sido posible colocar una sola piedra o un solo ladrillo para su reedificación. ¿De dónde conseguir el millón y medio de francos que costará? ¡Qué magnífico sí entre dos o



tres gobiernos sudamericanos costearan su reedificación! Qué consolador para los belgas ver otra vez su institución con el nombre; por ejemplo de «Escuela Sudamericana» o «Argentina Chilena» u otra cosa parecida. Parecióme esplendorosa la idea y sentí por mis venas el escalofrío inefable que producen las excelsas concepciones, esta vez mezcladas con mi patriotismo halagado.

Pero vi que sufría el Cardenal y juzgué conveniente dar vuelta a la página (después de recoger la idea), tocando algún otro punto interesante.

—Eminencia; Dios todo lo arreglará, sí; debemos creer que todo se arreglará, dado también el prestigio de las personalidades católicas belgas entre las cuales sobresale el de Su Eminencia, verdadero padre y héroe nacional; no es de creer que tenga consecuencias contra los intereses sociales católicos el triunfo de los socialistas en las últimas elecciones.

—Ah, no; las huestes católicas siguen tan disciplinadas como antes; es un triunfo que creemos pasajero, y que se explica por muchas causas que sería largo referir y enlazar por su misma complejidad.

Por lo demás el actual gobierno de coalición marcha; Bélgica marcha, en Bélgica se trabaja. ¿No es esa su impresión de forrestero?

—Efectivamente Eminencia; he quedado sorprendido al ver el tesón con que por todas partes se tienden líneas de hierro, se reconstruyen puentes, se trazan caminos: se me antoja la nación Belga, una colmena donde todos como en una santa rivalidad se esfuerzan por el bien común.

Después recayó la conversación sobre los intereses católicos argentinos. El Cardenal todo lo sabe; sigue el movimiento católico mundial. Debemos ir, dice, al proletario, al proletario, al proletario; que no se nos arrebathe el pueblo. Pues como hubiese varias personas en antesala creí conveniente no alargar mi visita.

—Un momento, deseo darle un recuerdo; y en bello retrato me dedica un autógrafo; luego otra dedicatorja en un libro suyo. Me siento confundido con la exquisitez de tantas delicadezas, con humildad tan seráfica.

Beso por última vez su anillo, su mano, con un ósculo largo; su mano que seguramente jamás se levantó sino para bendecir y enjugar lágrimas: me apretó cariñosamente las mías.

—Adiós— Adiós Eminencia: «je vous en suis tres... tres reconnaissant». — Je vous remercie, beaucoup de votre visite.

—Y me voy retirando, sin dejar de mirarlo. Y después de tantos días aun lo miro; ha quedado de tal manera en mi ser...

ALFONSO DURAN

(Argentino)



ASTAÑEDA ES UN VALLE de la baja Cantabria de «tierra solana» como dice al hablar de él un cronista eclesiástico; región donde el tempero de las tierras y el modelado de los montes, pregonan ya las vecindades del mar. Estamos aquí muy apartados de las fragosidades y hondonadas brumosas que maravillan al viajero cuando se asoma al país por las hoces

del Besaya, por el puerto de los Tornos, por las cimas del Escudo y Resconorio, por las Estacas de Pas, y, en general, por cualquiera de los pasos practicables que la altiplanicie castellana tiene sobre la provincia de Santander. Ya desaparecen aquí las cabañas pasiegas que en los umbrales del país sorprendemos presidiendo praderías en rápido declive, sostenidas sobre abismos con cierros de piedra fuertemente veteados de oxidaciones minerales. Ya no es vida exclusivamente pastoril la que en estos lugares domina. Bajo la pompa de los nogales y de los castaños, entre prados y mieses de ondulaciones mansas, se espacian casas hidalgas con huertecillos donde al resguardo del ábrego florecen los limoneros junto a las cristaleras de la galerías corridas según la caricia del sol a lo largo de las fachadas. El Pisueña que surca el valle buscando el Pas, discurre formando remansos donde el agua tiene quietudes de lago en que nitidamente caen los reflejos de los alisos de las riberas. Las cordilleras de Carceña y Caballar, que amurallan en redondo el valle, ondulan sin brusquedad hasta perderse en el horizonte; sólo por excepción el pico de Viesgo se perfila hacia el Mediodía, aguilero y solitario, con un crestón sombrío de encinares.

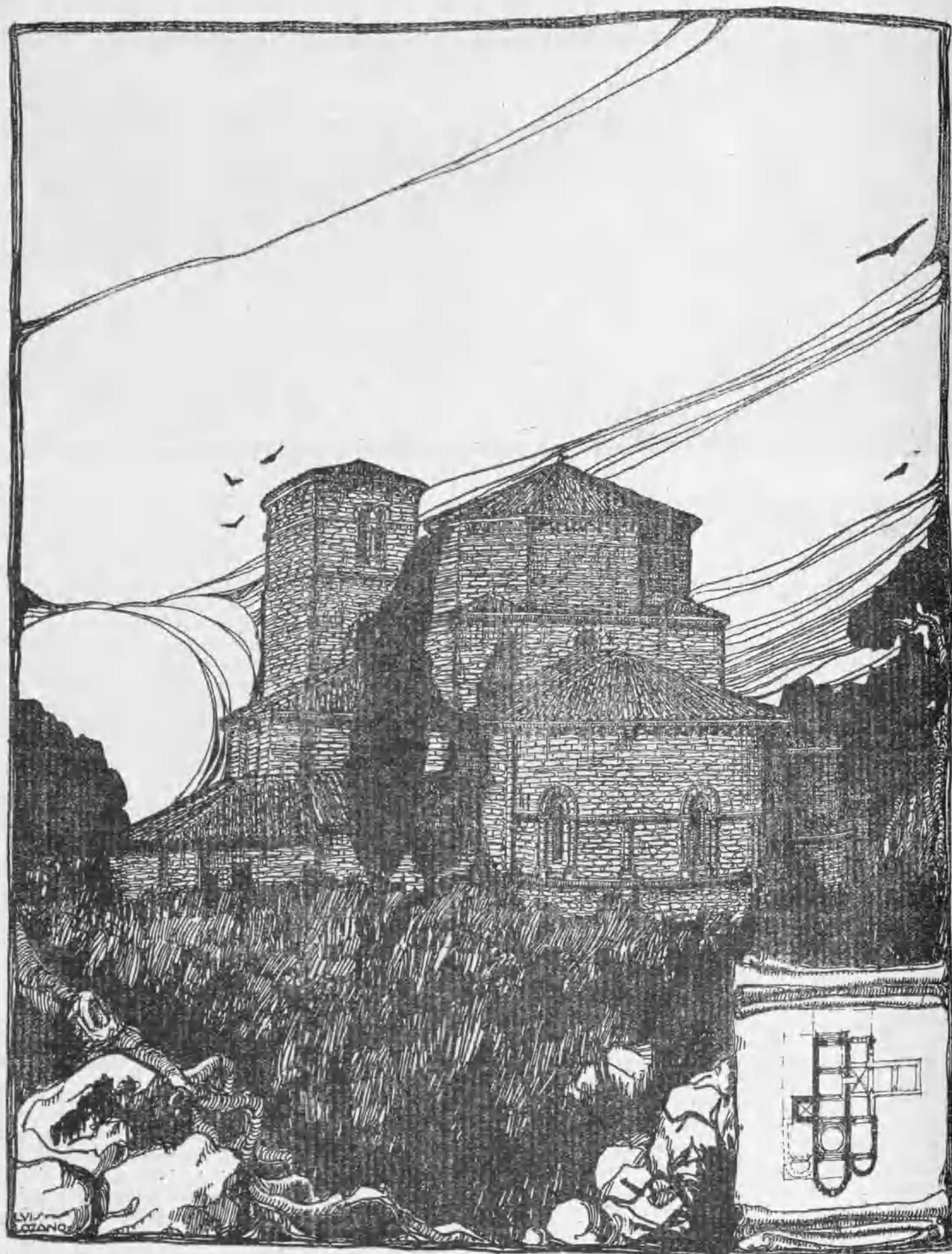
Este país, fértil en producciones de la tierra, lo es también en claros linajes y en recuerdos históricos. De lo uno dan fe apellidos que se ilustraron en cancillerías y consejos, en claustros y en campamentos; de lo otro, hay memorias tradicionales, y, sobre todo, un monumento vivo que constituye ejecutoria singular de preclarísimo abolengo. Ese monumento es la Colegiata de Castañeda y a él se consagran estas líneas.

El valle que surca el Pisueña fué siempre paso obligado de las Encartaciones a las Asturias. Por aquí pasaron las peregrinaciones a Compostela, pues hay memoria de dos hospitales para viandantes; por la necesidad de proteger el camino, supónese que aquí residieran los Templarios; por aquí, acaso, transitara San Francisco camino de la ciudad del Apóstol, pues recuerdo suyo queda en Barreda; por aquí se temió la invasión del francés en 1794, pues la Junta del valle tomó acuerdos para resistirlo; por aquí, en

suma, pasaban en su trajinería de «peñas abajo» los feriantes de Castilla, sobre todo en los siglos xvii y xviii. En las ferias del Campo de la Colegiata, entonces sombreado de robles centenarios, ferias abundantes en cereales, ganados y vinos, buscaban los montañeses, singularmente en los días de la Invencción y de la Exaltación de la Santa Cruz, orfebrería de Burgos, paños de Segovia, bayetas de Guadalajara y un célebre paño llamado *sempiterna*, preferido por las novias para gala de sus desposorios. La carretera que ondula hoy por el valle, sigue las huellas de las generaciones que con una u otra finalidad lo atravesaron durante siglos. Y como antaño, el templo queda lindante con el camino, aunque encaramado sobre un *cueto* del monte Carceña e invisible para los que no tengan de él noticia. Hay que llegar a un puente sobre el Pisueña, marcado a la atención del viajero por un nogal pomposo que sirve de dosel a un Cristo de piedra, de talla bárbara aunque expresiva, labor hecha en el siglo xvii por escultor de habilidad técnica semejante a la de cualquier rudo imaginero del siglo xii. De ese puente deriva un empinado *carrejo*, solado con pedruscos del río donde la peña no aflora su lomo domado ya por las carretas. Sobre esta vía rústica, unos castaños antiquísimos dilatan los músculos de sus fuertes brazos y la majestad de una fronda pródiga en frutos. Viviendas contemporáneas de los árboles, asoman al camino sus muros serpeados de yedra y sus solanas festoneadas de mazorcas. Dejando atrás las viviendas sube el camino entre bardales de zarzas y madre selvas: por último se espacia en una *campa* sobre la cual, precedida de un plantel de árboles nuevos, se yergue la mole del santuario con un pórtico solemne, un hastial poderoso, una lucerna prismática y una torre lateral cuadrada, de dos cuerpos, ajimezado el último, donde colúmbranse, suspendidas, las campanas. Estamos delante de la Colegiata de la Santa Cruz de Castañeda que comparte, con la de Santillana del mar, el decanato de los santuarios importantes levantados en la región cuando transcurridos los primeros tiempos de la Reconquista, rechazados para siempre los moros a las altas tierras de Castilla, gozaba el país de riqueza y paz bastantes para emplear tesoros en levantar santuarios que agotaban los primores arquitectónicos de la época.

No parece el templo en opinión de los doctos anterior al siglo xii, en el cual el abad aparece atestiguando en pleito sostenido contra particulares por la iglesia de Santa María de Santoña; pero el abadengo se remonta documentalmente al siglo xi. En el vii hay memorias de un templo aquí erigido, aunque sin gozar preeminencias abaciales.

Es, pues, la que vemos, tierra hollada de antiguo por gentes cuyas almas estremeció la misma fe que hoy nos hace descubrir la cabeza ante el umbral venerando que pisamos.



He aquí el *porche*, última de las reformas que sufrió la iglesia al correr de los años; sus paredes de cantería y la sabia armazón de roble de la techumbre, datan de 1803. Es ámbito capaz para una multitud; tiene tres arcos correspondientes a las puertas del templo y otro lateral abierto al mediodía donde es más dilatada y risueña la campiña; tiene poyos corridos para asiento de un gran concurso, y enfrente del adosado a la pared de la iglesia, una mesa constituida por una losa sepulcral invertida. Aunque esta reforma destruyó el tejazoz de la portada y la puerta de ocho grandes arcos abocinados, que descansan sobre columnas y pilastras alternadas, con capiteles aquellas bellamente histo-

riadas, parece que ya el tiempo sancionó la profanación. No carece de interés este recinto con su viguería espléndida de roble, que cobijó las Juntas generales de las cuatro Cuadrillas o pueblos que constituyen el valle: Socobio, Villabañes, Pumaluengo y la Cueva. Estas Juntas gobernaron durante tiempo inmemorial la comarca. Los duques de Cantabria primero, los Reyes después, los condes de Castañeda más tarde, con más o menos restricciones, con más o menos violencia, respetaron su jurisdicción.

Estas Juntas nombraban su Justiciazgo, compuesto de un Regidor por cada villa y decidían los asuntos comunes por mayoría de votos entre vecinos; acaso en ellas se acordó la

erección del templo que fué levantado «por los caballeros, escuderos y pobladores del valle». El porche fué sede de un verdadero parlamento rural; y a cambio de la necesidad que motivó su construcción, bien puede perdonarse la mutilación que el templo sufriera siglos más tarde para dar cobijo decoroso a la antigua asamblea.

De otra reforma anterior hay trazas en el Pórtico —Acaso a últimos del siglo xii, época de gran prosperidad para la iglesia, cuando el Abad de Castañeda extendía el señorío de su báculo sobre lugares tan apartados como Silló, Aviondo, Brañosserra, Vivenales y San Miguel de Luena, cuando las rentas por infurción y mañería eran pingües, debió ampliarse el templo planeado en traza de cruz latina, una nave y dos capillas absidales — construyendo en el lado del Evangelio un cuerpo con la sola finalidad, tal vez, de destinarlo a enterramiento de Abades y protectores de la Iglesia. A la izquierda, pues, de la puerta románica primitiva, se abren dos ojivales, tapiada hoy una de ellas, que se apoyan en elegantes columnas con capiteles foliados de sobrio diseño. Allí la humedad prestigia con tonalidades bronceas los fustes y arquería de las puertas, en contraste con los tonos cálidos de la románica vecina, donde ni las lluvias ni los enjalbegados, han conseguido matar del todo los áureos tonos primitivos que refulgen en los arcos más defendidos de la intemperie.

Dentro del templo admira la altura y amplitud de la nave mayor, la arrogancia de los arcos del crucero, la linterna prismática iluminada por ventanitas lobuladas, la cúpula que gallardea sobre trompas de arquillos, y el ábside mayor con arquería ciega a modo de zócalo, ventanales de medio punto en la parte media y ajedrezada imposta en que descansa la bóveda.

Por defecto constructivo, raro en donde tanta maestría resalta, o por reforma indocta posterior, el eje de la planta no es totalmente recto; sufre una desviación al comenzar la nave principal; y no falta piadoso panegirista de las bellezas de este monumento, que explica el capricho o el yerro, creyendo ver simbolizada en ese truncamiento la inflexión sobre la cruz del cuerpo del Divino Mártir al desfallecer para siempre. Queda consignado el pormenor en gracia a su valor poético.

Muy digna de visitarse es la nave de los sepulcros mencionada al describir el porche. Está al lado del Evangelio: es prolongación, en otro estilo, del absidillo románico, que con el principal son los subsistentes de los tres que la iglesia tuvo. Aquí más que la gracia del estilo ojival, más que la curiosa imaginería de los capiteles, algunos muy impregnados de orientalismo, interesan los sepulcros. Sus inscripciones nos dan idea de la prestancia de las gentes que protegieron esta fábrica y se humillaron bajo sus bóvedas: un familiar de Fernando III el Santo, una dama del linaje de los Escobedos, un Abad, acaso el que regentó con más gloria la colegiata. Perdida en la oscuridad, otra losa sin inscripción ni fecha, recata el hechizo de sus labores con reminiscencias de tapiz bizantino; enfrente, bajo un arco apuntado, está el sepulcro de un caballero que exhibe por única leyenda los blasones de su escudo.

El túmulo más antiguo tiene, en caracteres de la época, la siguiente inscripción: «Obit famulus de Roi Fernandus, Rui de Riaño, era de 1336». ¿Fué acaso este paje, camarero o familiar del Rey Santo quien protegió al valle ordenando cortas de roble que en los montes de Castañeda se hicieron para las flotas reales?

Sigue en antigüedad la losa tumular de Doña Urraca de Escobedo «que finó en el mes de Agosto era de mil e trescientos e cuarenta años».

Inmediato al de la dama está el sepulcro del Abad que fallece nueve años después de la que acaso fué penitente suya. Tiene el monumento estatua yacente tosca aunque expresiva, de talla, con reminiscencia de plegados clásicos en la ropa talar. Ostenta el personaje melena hasta los hombros y barba hasta el pecho; abre los ojos, descansa la

mano izquierda sobre la cintura; la derecha parece iniciar el movimiento de embozarse la figura en la capa del hábito. Sobre el hombro izquierdo lleva a modo de insignia una cruz ondulada, apoya la cabeza sobre unos almohadones y a los pies vigila echado un lebre. Sobre la estatua una inscripción, en la pared, reza el nombre del personaje: «Aquí yace Nuño González, Abad de Castañeda, e Dios perdone e haya. Era de 1349 años». Para hacer la inscripción hubo que destruir los fustes y las basas de dos medias columnas gemelas, correspondientes a un capitel con quimeras enlazadas que abren sus alas sobre la frente del Abad. Ello nos permitió afirmar antes, convertida la fecha a la era cristiana, que pudo construirse esta nave muy en las postrimerías del siglo xii.

Fuera del templo invitan a circuirlo senderos perfumados de mejorana que le aislan sobre un altozano: después sigue el *cuelo* del Monasterio, como aun le llaman, encrespándose hasta ser necesaria una escalinata de piedra, tapizada de musgos y líquenes, para subir al cementerio nuevo que en lo alto despliega procesionalmente sus cipreses oscuros.

Desde esta altura luce el templo su parte más vetusta: dos ábsides, la lucerna prismática, la torre alta y maciza en dos tercios de su altura, calada en el último por ajimeces de bellísimos maineles y rematada por cornisa donde, como en los ábsides, gesticula y contorsiona el zoomorfismo emblemático de la imaginería medieval.

Conserva por aquí la cantería del ábside principal aquel primitivo color melado que ya admiramos en la portada; no así el ábside de la nave de los sepulcros matizado por igual de un gris argenteo y de un rojo áureo. Uno y otro no parecen tallados por canteros, sino por orfebres que se hubiesen complacido al trabajar canecillos, capiteles e impostas, en prodigar elegancias del cincel. La impostilla de hojas y perlas del ábside mayor es como encaje que ciñera un cofrecillo precioso; algunas carátulas y figuras del tejatzo tiene la gentileza de una viñeta de antifonario. Un par de cabezas, de mujer una, de hombre otra, éste con turbante y barba aderezada al gusto siríaco, nos recuerdan las tierras lejanas donde comenzó a formarse la eurytmia y la ornamentación de la arquitectura que hoy admiramos impregnada del alma religiosa de la tierra cántabra.

Por desgracia esa eurytmia arquitectónica no es completa: falta el tercer ábside, alguno de cuyos fragmentos luce en el cuerpo de la torre colocado allí, sin duda, en reparación muy pretérita. Después un gran señor del siglo xviii de cuyo nombre no hay para qué acordarse, acapara para sus vanidades de ultratumba la capilla absidal de la epístola; se rae entonces del suelo hasta el último vestigio de la construcción primera y se levanta un amazotado camarín barroco con vanas fastuosidades dentro; y con tal sequedad de planos y rigidez de aristas fuera, que contrasta fuertemente con los curvos paramentos de los ábsides dudodecentistas.

Por fortuna el tiempo no ha pasado en vano; Surgió un ciprés cuya sombra resbala por el árido tapial; se formó un cementerio sobre cuyos muros cabecean las rosas; se construyó por último una escuela, una escuela mixta, de aldea, toda humedad, desamparo, pobreza, pero alegrada por legión de *rapazucos* preciosos, que al pie del templo esparcen un runruneo de colmena activa, una bella inquietud de vida renaciente henchida de promesas. El ciprés, el cementerio, la escuela y la torre aminoran, cada cual con su particular poesía la deformidad de esta parte del santuario. Queda de él sin embargo lo bastante para la clara evocación de tiempos gloriosos. Diríase que vamos a encontrar en el pórtico al Abad D. Nuño, en plática con Rui de Riaño, el antiguo paje del Rey Santo; y que terminadas sus devociones va a salir de la Colegiata la interesante figura de Doña Urraca de Escobedo...

PRUDENCIO ROVIRA

(Dibujos de Lozano.)



DESPUES DE LEER "CLEMENCIA," DE FERNAN CABALLERO

—Dígame, niña, si sabe:
¿dónde se vende la gracia
de esos ojos tan bonitos
y de esas manos tan blancas?
Porque quiero poseer
joya tan bella y tan rara,
y la compro a cualquier precio
si alguien quiere enajenarla.

—Señor, pues me lo pregunta,
con gusto se lo diré:
esto, que usted llama gracia,
de mi madre lo heredé;
y dicen que es el tesoro
de las mujeres de bien,
que si una vez se enajena,
no se recobra otra vez.

Admiróse el caballero
de respuesta tan galana;
y haciéndole cortesía,
dijo a la linda muchacha:
—quede la niña con Dios,
y perdone mi arrogancia,
que no intentaré en mi vida
robar joya tan sagrada.

ALFONSO GÁZQUEZ

(Dibujo de Varela de Seijas).





LA CUMBRE MÍSTICA

VIII

EL ÁRBOL DE LA CIENCIA ② LA CORONA IMPERIAL DE LA RAZÓN ② LAS CONCLUSIONES DEL POSITIVISMO Y DEL PSICOLOGISMO ② COMTE Y BERGSON ② LAS CONCLUSIONES DE LA BIOLOGÍA Y DE LA FILOSOFÍA ② CAJAL Y MERCIER ② UNIDAD EN LA VIDA Y EN LA CIENCIA ② ② ②



PONER LA FILOSOFÍA A la ciencia no es nada nuevo. Comte las separaba también exaltando la razón y la ciencia en desprecio de la metafísica. Bergson las opone de igual modo pero en ultraje de la razón y de la ciencia. Por diferentes caminos y con opuestos fines ambos mantienen el mismo error de suponer incompatibles y rivales la investiga-

ción racional y la especulación filosófica. Dice Comte: No hay más conocimiento que el de las ciencias positivas fundadas por la razón sobre la experiencia de los fenómenos. La humanidad en su niñez fué teológica; en su juventud fué metafísica; mas hoy, en la edad viril, declara lo absurdo de las nociones absolutas, sabe que es imposible conocer el origen y el fin del universo, las esencias íntimas de las cosas y se reduce a descubrir, mediante la observación y el raciocinio, sus conexiones y sus leyes. A todo lo cual sentencia Bergson: Pero ese conocimiento racional, esas leyes de la ciencia, son tan subjetivas, tan arbitrarias y

convencionales como los viejos sistemas teológicos y metafísicos fabricados por la razón también. La inteligencia no sirve para el conocimiento sino para la utilidad y la acción: su oficio es **con**struir, *fabricar* reflexivamente los conceptos ideales y los moldes físicos necesarios a la vida de los hombres. Así **frac**asa con oprobio cuando imagina darnos con sus **con**ceptos puros (elaboraciones de la mente, meros productos *industriales*) la representación y la verdad de las cosas. Por **eso** la verdad no hay que buscarla en la ciencia ni en su **órg**ano, la razón, cuya ineptitud es patente; si algo podemos **con**ocer que sea verdadero y real debemos huir de **todas** esas edificaciones conceptuales y relativas del pensamiento lógico para ascender más allá, para dar un sentido y **orientación** a la vida humana. Pero este ya no será un **proced**imiento discursivo sino intuitivo; no será una ciencia sino un arte; no una experiencia material sino una metafísica.

Parece que dicen lo contrario, pero en el fondo vienen a decir lo mismo: **que** la ciencia se reduce al mundo visible: que la filosofía **es** irracional; que ambas se oponen por su instrumento y **por** su fin. ¿Qué es entonces la ciencia si se la arranca de lo **abs**oluto? ¿qué es la filosofía si se le amputa el **pensamiento**? ¿qué la inteligencia si la ciñen a las formas **convenc**ionales de un simbolismo estéril? ¿qué

la intuición si la arrojan de su morada intelectual? Véase cómo, de esta suerte, la razón, la filosofía, la ciencia, todo se descompone y se derrumba.

Pero esas son paradojas, son puras *abstracciones* que hacen los enemigos de la abstracción. Afortunadamente no embota la ciencia los finos aceros metafísicos, antes los temple y acicala, ni el numen filosófico es contrario ni siquiera ajeno a las otras disciplinas intelectuales. La filosofía es el vínculo de las ciencias, su complemento y desarrollo, la cumbre de la razón, su corona imperial. Imagen de la sabiduría humana es el *Arbol* de Raimundo Lulio, que hunde sus raíces en las entrañas de la tierra para elevarse al cielo con más empuje y excelsitud. Así la ciencia clava también sus raíces en las más hondas realidades, en las entrañas de la vida interior y de la vida exterior, sube poco a poco, esparce sus ramas en todas direcciones y yergue por fin la copa, llena de luz, en las alturas del conocimiento metafísico.

Pero ¿cuál es la semilla del árbol, cual es la raíz de su tronco, sino el *concepto abstracto y universal*, esa virtud de la razón, ese poder semidivino, según la expresión de Aristóteles, que nos sustrae a la esclavitud del tiempo, a la fuga perenne de las cosas y *edifica*, sí, levanta sobre cimientos inmortales los templos augustos de la ciencia, la filosofía, la religión y la moral?

Cuantos reniegan de la razón discursiva le rindan, mientras razonan y hablan, los más altos honores y tributos: pues ¿qué son el pensamiento y el lenguaje sino instrumentos para discurrir y abstraer? ¿Renunciaremos a pensar y hablar? Una filosofía sin ideas ni palabras sería, en efecto, deliciosa. Si los animales pudieran filosofar, ciertamente que lo harían así, no por *conceptos*, más por *receptos* y *perceptos* como dice un psicólogo pedante. Y los que niegan la ciencia o la filosofía, tienen, hasta cuando les maldicen, que emplear un método científico y un razonamiento filosófico. Para abolir la ciencia (y la filosofía es la ciencia de las ciencias) habríamos de extirpar la razón, pues todo ser de razón es un *pequeño científico*, es un *pequeño filósofo*, aunque no lo sepa ni lo quiera, como aquel personaje de Flaubert que hablaba en prosa sin saberlo. Aún en la vida vulgar, el hombre más rudo, «si no ha perdido el juicio», que es la función central de la inteligencia, usa de él, es decir, razona, generaliza, abstrae. A cada paso, en las cosas más simples, halla los conceptos intelectuales, raíces de la filosofía, raíces de la ciencia.

La Ciencia es al Espíritu lo que el sistema nervioso es al cuerpo en sus funciones de relación. El sistema nervioso —dice nuestro sabio Cajal— representa el último término en la evolución de la materia viva, la máquina más complicada y de más nobles actividades que nos ofrece la naturaleza. En cuanto se esboza, la unidad del ser vivo se acentúa, se multiplican sus recursos y defensas, adquieren más eficacia, más congruencia y precisión, y en los peldaños más altos de la animalidad surgen con él los fenómenos admirables de la vida psíquica. Ciertamente es que las plantas y los invertebrados anervinos gozan de impresión y movimiento, pero estas propiedades no van asociadas a representaciones conscientes ni las respuestas a los estímulos exteriores tienen la virtud que en los animales de sistema nervioso. En las esponjas, verbigracia, la solidaridad funcional es menos evidente porque falta el lazo de unión entre los diversos elementos de la colonia. Si el ser mantiene cierta personalidad y las diversas funciones concurren a sus fines, ello se debe a la división del trabajo: cada célula diferenciada y absorta en su particular oficio, no se basta a sí misma y ha menester la función complementaria de sus

congéneres. Si los animales pluricelulares no hubieran llegado a tener un sistema nervioso sus funciones apenas superarían a las del reino vegetal, porque la división excesiva del trabajo exige, para el orden común de las diversas partes asociadas, el freno y dirección suprema de las células nerviosas. De todo ello resulta esa admirable unidad que muestra en grado eminente la compleja y sutil economía humana.

La misma unidad preside a las complejas funciones del espíritu y al sistema armonioso de la ciencia. Nuestro ser espiritual —dice el cardenal Mercier— no está regido por opuestas leyes, una que dirija el pensamiento filosófico y otra que regule el pensamiento científico: una ley, necesaria y única, le gobierna siempre y en cualquier objeto a que aplique su actividad, ya observe y analice los fenómenos, induzca sus causas o formule, sobre unos y otras, los principios generales del universo. De aquí la perfecta coincidencia de las verdades científicas y de las certidumbres filosóficas. La división del trabajo, tan necesaria a las funciones del cuerpo como a las del espíritu, ha impuesto a su vez la división de las ciencias y de las aplicaciones de la mente, pero, en el fondo, este es un procedimiento tan lícito como artificial reclamado por la limitación de nuestras fuerzas físicas e intelectuales. Después que sabios y filósofos cumplen separadamente su misión deben todos juntos traer su obra al tesoro común, pues el fin más ilustre, la más alta recompensa de sus afanes habrán de ser verlos resueltos y cumplidos en la unidad superior, allí donde se borran las transiciones de las causas inmediatas a las causas últimas y se confunden los límites de las ciencias, las divisiones del intelecto, los resultados de la intuición y del discurso, del laboratorio y del aula, de la ciencia pura y de la ciencia experimental. Así concibió Aristóteles, en su profundo y luminoso entendimiento, la unidad del saber, y tal como fué expresada por el insigne fundador del Liceo, perfeccionada después y enriquecida por los claros doctores medioevales, perdura al través de los siglos, sin padecer menoscabo en sus fecundas tesis, que son las consecuencias lógicas del desarrollo evolutivo de la vida y la ciencia, según se retrata, como en un espejo, en las últimas indagaciones biológicas, en los famosos descubrimientos de Cajal.

Comprueba el sabio español, en sus bellísimos estudios citológicos, manantiales de poética filosofía, que desde los primeros brotes nerviosos que aparecen, bajo la forma de *neuronas*, en los *coelenterata*, a la organización maravillosa del hombre, se acentúan, cada vez más, la división del trabajo nervioso y la unidad del sistema. En tanto aquellos humildes zoófitos sólo tienen dos clases de células, motrices y sensitivas, nosotros poseemos otras tres, las de mayor importancia y virtud: las de asociación, las sensoriales y las psíquicas. Y desde el punto y hora en que probó nuestro gran histólogo, como un rotundo mentís a las fantasías biológicas de Bergson, la *discontinuidad* de los elementos nerviosos, cada uno de ellos, cada *neurona* se nos revela como unidad dinámica, influida por sus congéneres, pero que puede ser aislada, que constituye una individualidad perfecta y libre, tendente por sus múltiples conexiones a asociarse, a construir otra unidad orgánica superior, un centro común de complicada y asombrosa arquitectura, sujeto a la misma ley. Tras los difíciles y pacientes análisis realizados en la recóndita urdimbre de los centros nerviosos, de la sustancia gris, la Ciencia, la hija de la razón, la *pobre ilusa*, la *gallinita ciega*, de los pragmáticos hueros, ha deducido como postulados fisiológicos, los siguientes principios: diferenciación, que contribuye a

la suprema unidad; asociación, para más aptitud y economía; complejidad, que se resuelve al fin en congruencia y sencillez. ¿No son estos, precisamente, los principios de toda ciencia, de toda filosofía?

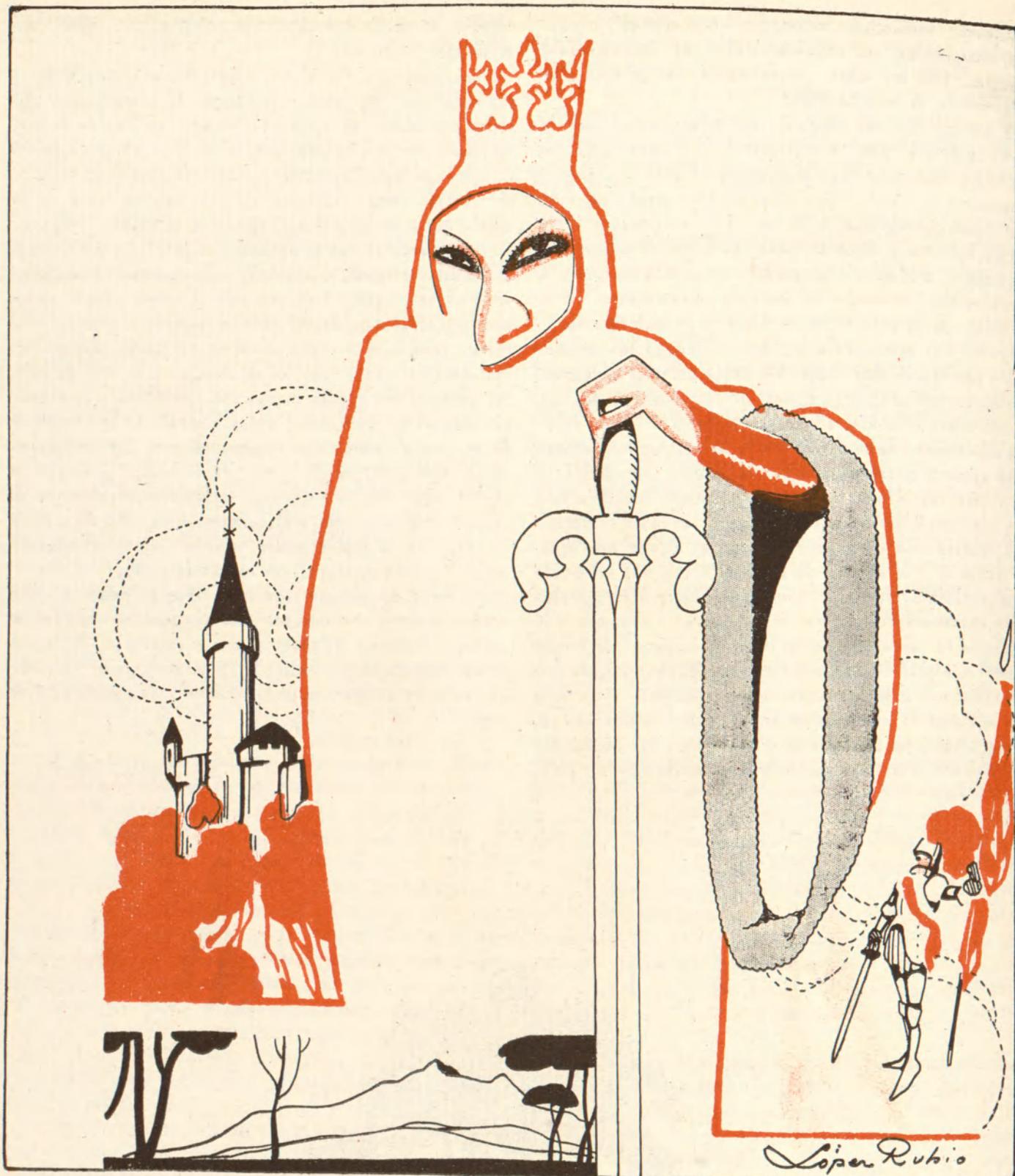
¡Y aún hay quienes aseguran que existe una ley para la lógica y otra ley para la experiencia, una razón para los hechos y otra razón para el discurso! Vayan los tales al laboratorio de Cajal y vean allí si los principios y las leyes que rigen, verbigracia, a la *neurona psico motriz*, cuya misión es llevar a todos los focos nerviosos las órdenes de la voluntad, o la acción dirigente y excitadora del *ganglio cerebriideo*, fenómeno de los más sorprendentes en la evolución del sistema nervioso, cuna de la memoria, de la voluntad y la inteligencia, son tan subjetivos, tan arbitrarios y convencionales «como los viejos sistemas teológicos fabricados por la razón»; repitan allí esos filósofos, los que se confiesan irracionales, que la inteligencia es una «aptitud industrial» puesta al servicio de lo útil, harto ingeniosa para trazar mentirijillas pero inepta siempre para descubrir la *verdad verdadera*; que las representaciones intelectuales, los conceptos de la filosofía y las leyes de la ciencia son moldes vacíos y no expresiones verídicas de las cosas, el extracto y la síntesis de la experiencia; que no existe una admirable relación y concordancia entre el mundo físico y el orden racional; que la psicología, lo mismo que la biología, no tienen sus raíces en la naturaleza, de donde toman la savia, los elementos asimilables para progresar y coexistir; que toda la materia del pensamiento discursivo no se contiene, no está dada en intuiciones reales; que las leyes científicas, los conceptos biológicos, los postulados erigidos sobre la observación de las neuronas, por ejemplo,

carecen de valor real, de virtud objetiva, son creaciones artificiales de la razón...

Digámoslo francamente: el pragmatismo psicológico, el intuicionismo, con todas sus ínfulas de originalidad, con todos sus humos de realismo liberador, es uno de tantos sistemas convencionales, una de las cien torres de Babel que la *vana lógica discursiva construye* para subir al cielo, un *edificio conceptual*, una de esas *fabricaciones de la mente* que a Bergson le inspiran tanta repulsión. Bergson, al fin y al cabo, es un *intelectualista*, lo mismo que Comte, lo mismo que Taine, lo mismo que Descartes y demás pensadores de su raza, la menos apta de todas para la intuición genial, la más diestra de todas para la lucidez del discurso. ¿Qué son sus teorías de la evolución divergente, del vitalismo vertiginoso, de la duración y el movimiento, del perenne fluir, —¡oh manes de Heráclito!—, sus definiciones de la inteligencia y del instinto, de la filosofía y de la ciencia, sino puros intelectualismos que se apoyan en un falso *concepto* de la vida, en un falso *concepto* de la razón? ¿Qué vienen a ser esas antítesis radicales entre el conocimiento científico y el conocimiento filosófico, entre la verdad y la lógica, entre la vida —«que es duración eterna, cambio incesante, movimiento continuo»—, y la razón —«que es quietud, inercia, discontinuidad»—, sino *abstracciones* y *sofismas* tan añejos como las disputas de jonios y eleáticos, de racionalistas y empíricos, de tantas sectas empeñadas en mutilar al hombre y poner un abismo de tinieblas entre su pensamiento y la realidad de las cosas?

RICARDO LEON





DOS GRANDES ACTORES ESPAÑOLES

MARÍA Guerrero

A través del tiempo nada como el Arte que, de modo tan preciso y seguro, tenga la virtud de perpetuar el espíritu de las generaciones muertas: es la expresión más viva y pura de los pueblos y de las civilizaciones y por su magia se desvela el alma del pasado. El aliento de otras edades, ya desaparecidas, sólo permanece en el Arte; en sus mármoles, en sus pinturas, en sus danzas y en sus cantos y en su poesía, en esos bellos anales del espíritu de los siglos, que son tal, que los alveolos que cavan las abejas en la cera de los tabiques de los panales, para depositar en ellos la miel —que es el alma de las flores—. En

el Arte queda recogido todo el fuego del anhelo, toda la lumbre de la fe que un día flameara en llamas y tiene, como ninguna otra manifestación humana, un suave sentido místico —aun en sus modos más profanos— porque siempre acusa una elevación, un ansia de idealidad como las notas musicales que, al desprenderse y salvarse en su vuelo vibrante, se esfuman en trémolos hacia lo alto...

Y, entre todas las manifestaciones artísticas, ninguna tiene cualidades de articulaciones más vivas como el teatro, porque es el triunfo del verbo, es decir, del alma misma. Esto ha hecho que el Teatro adquiera



DOS GRANDES ACTORES ESPAÑOLES

FERNANDO Díaz de Mendoza

una importancia eterna y gloriosa, ya que en él están todos los afanes, pasiones, temblor de anhelo y espíritu nacional de los pueblos. Y a medida que esta condición va extendiendo sus ondas e irradiando su importancia, el actor encuentra a su lado una cordialidad más fortalecedora y grata. Por ello —¿para qué citar nombres?— todos los países tienen sus artistas representativos que llegan a poseer un verdadero sentido de símbolo nacional.

En España, los dos grandes actores que tienen ahora esa aureola de raza, de actores representativos, son María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. En

ellos late el temple de nuestro teatro contemporáneo. María y Fernando ocupan el trono de oro de nuestra escena y a su historia va hermanada la historia de nuestro arte teatral. Los nombres más altos y prestigiosos de los dramaturgos españoles coetáneos, son los acentos de estos dos grandes actores. Echegaray, Galdós, Guimerá, Benavente, los Quintero, Linares Rivas, Valle Inclán, Marquina, Martínez Sierra, Villaespesa...

Durante los últimos años del siglo pasado y los primeros de éste, fulguran en nuestra escena, como príncipes de ella, María y Fernando que hacen de su com-

pañía la primera de España y de su teatro el templo del Arte y el centro del gran mundo. Antes el Español y ahora la Princesa, presididos por estos admirables artistas, adquieren el significado más importante y toman un carácter de «Teatro Nacional», aunque sin carácter oficial.

De aquellas memorables funciones que se daban en los aristocráticos salones del Duque de la Torre salió el nombre nuevo, Fernando Díaz de Mendoza ennoblecido, además de con su arte, con los títulos de Marqués de Fontanar, Conde de Balazote y Conde de Laing que le hacen dos veces grande de España. Después de representar algunas obras en calidad de aficionado y en funciones benéficas se presentó, al fin, formalmente, con carácter de verdadero actor, apareciendo ante el público madrileño en el drama de don José Echegaray «Mariana» y en la función de beneficio de María Guerrero. Este instante es ya el nuncio de los grandes éxitos. Ambos nombres no se separarán y juntos serán el arco abierto ante una nueva época.

María Guerrero es la trágica indudable de amplio ademán, gesto seguro y rotundamente expresivo. Su voz es de una finura frágil y de una ternura dulcísima y a veces cobra una energía tremante, se desenmelenan rugidora. Fernando Díaz de Mendoza es el actor esencialmente elegante, jamás descompone la figura, siempre tiene latente el sello de su estirpe y es, además, el actor inteligentísimo.

Y estos dos artistas, dotados de los más preciosos atributos de facultades escénicas, viven entregados a su devoción teatral. Para ellos la vida se encierra en su temperamento. Preocupados de preparar y ensayar y representar las obras que interpretan, viven en el mismo Teatro de la Princesa y estudian y atienden a cuanto se relaciona con su arte. Vida toda sometida a sus entusiasmos teatrales. Ejemplo admirable de voluntad y afición. Ellos son los mantenedores de nuestro más noble y elevado prestigio escénico y su nombre es admirado en el mundo entero. Pocas compañías extranjeras pueden presentar una realización tan positiva de sus propósitos; poquisimas las que atienden con tan cuidadoso celo a la espléndida presentación haciendo verdaderos alardes, derroches de fastuosidad y riqueza de exornación escénica. La preocupación latente de presentar lujosamente las obras, que ahora se aprecia en las empresas de los teatros madrileños, es el resultado del ejemplo de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. A ellos corresponde el primer paso. Ellos han sido los que han traído a España el nuevo renacimiento.

Y por si fuera poco este egregio significado artístico que en nuestro teatro tienen estos dos grandes actores, preciso es señalar, también, la importancia grandísima que sus frecuentes excursiones a América tienen para el mercado del arte nacional y para afincar corrientes de armonía y afecto entre los dos pueblos.

—Pronto tendremos un teatro en Buenos Aires —nos dice Fernando—. Un gran teatro que ya se está construyendo y se llamará Teatro Cervantes.

—¿Cuando se proponen inaugurarlo?

—En Mayo o Junio del 1921. Allí presentaremos las obras maestras de nuestro teatro clásico y moderno y en los meses en que nosotros estemos en España llevaremos las mejores compañías de Europa.

—¿Han trabajado ustedes muchas veces en teatros extranjeros?

—Hemos estado en Italia, Portugal, Bélgica, América del Sur y París. En esta última capital hemos trabajado en la «Comedia Francesa», siendo los únicos actores extranjeros que en dicho teatro han actuado.

Fué con motivo de la despedida de Le Bargy y representamos «El antifaz», diálogo de Eduardo Marquina. Además, en París, hemos estado otras veces en diferentes teatros y María trabajó en francés con Coquelin (Ainè). Ahora tenemos proyectado una excursión artística a Nueva York.

—¿Qué concepto tienen ustedes de los actores españoles?

—Que son admirables y sobre todo por la rapidez con que aquí se ensayan las obras y el corto número de representaciones que alcanzan. Así, es difícil llegar a poder dominar definitivamente una obra. Los actores españoles son de una facilidad imponderable. Tienen fino sentido y excelentes facultades: sólo les falta tiempo.

—¿Qué condición creen ustedes más importante para ser un buen actor?

—La comprensión completa, total, de los papeles; procurar que no se descomponga el personaje; y no buscar los efectos de público, sino la verdad artística. Consiguiendo todo esto el ademán y el gesto responden siempre. Muchos papeles se representan sin el tono debido por falta de dominio. Como que el actor debe dominar siempre el papel; en cuanto esto no ocurre tiene que estar pendiente del apuntador y así no se puede matizar. El actor que no habla sin el apuntador, no es actor de conciencia.

—¿Qué opinan ustedes de la enseñanza en el conservatorio?

—Que es utilísima. Una buena preparación, serena y reposada, no hace un actor, pero sí lo perfecciona. A nosotros nos gusta mucho enseñar. Enseñar es uno de los fines más nobles del hombre. Yo —nos dice Fernando— fui profesor del Conservatorio y luego proseguí las lecciones en el teatro. De mi clase salieron Concha Oria, Carmen Giménez, Carmen Seco, Maximino, Vargas y otros varios actores de categoría, éstos del Conservatorio. De mis clases en el teatro salieron Catalina Bárcena y la Ruiz Moragas.

—Nos han dicho que tienen ustedes una valiosa colección de manuscritos, que guardan los originales de las obras que estrenan...

—De la mayoría, es cierto. Tenemos manuscritos de «Clarín», Echegaray, Galdós, Linares Rivas, Benavente, los hermanos Quintero...

Nuestro tránsito por la vida tiene dos etapas. Durante la primera caminamos mirando hacia adelante, esperando, y en la segunda contemplando el pasado, recordando. La vida jamás se vive en presente: es un recuerdo o una esperanza. ¡Felices aquellos quienes su esperanza se cumple y su recuerdo no lo es de penas!... María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza han conseguido sus esperanzas, y sus recuerdos no pueden ser más fortalecedores. Sus nombres irán siempre prendidos a la historia del teatro en España y serán la representación de esta época. Además, creemos que tendrán continuadores, ramas del mismo árbol, que pronto florecerán completamente. Sus hijos hacen concebir las mayores esperanzas. Nosotros creemos que en ellos hay dos grandes actores próximos. Fernando Mendoza y Guerrero esperamos que sea el galán elegante, el actor de salón, de arte exquisito y noble, como ya se ha manifestado recientemente al triunfar en la interpretación del joven rey de Roma, en «El Aguilucho» de Rostand.

José CASTELLÓN

(Dibujos de López Rubio.)



EL PODER DE SAN JOSÉ

CUENTO FANTÁSTICO

I

Como día de su fiesta que era, San José se levantó aquella mañana, con las claras del día.

Ya desde la noche antes, como última de los innumerables septenarios que se le estaban haciendo, habían llegado a Secretaría millones y millones de solicitudes; y no le quiero a usted decir las que se esperaban aquella mañana, con las infinitas comuniones de toda la cristiandad, que había de agasajarle, acercándose en su honor a la Sagrada Mesa.

El banco de su carpintería de Nazaret, que se había convertido en papelera del despacho, estaba materialmente lleno de montones de legajos, de instancias, de cartas, de postales y de telefonemas, que había ido colocando por orden alfabético, desde

que habían comenzado los Siete Domingos, que son como las avanzadas del bloqueo de su fiesta, con la sana intención de que, cuando Su Divina Majestad fuese a darle los días, como iba todos los años, viese por sus propios ojos que, si él se metía en más de cuatro berengenas, no era por mangonear ni darse pisto, sino porque lo comprometían y lo achuchaban con súplicas y con oraciones, y él... ¡vaya! que no tenía corazón, ni lo había tenido nunca, para hacerse el sordo a las necesidades y apuros, aflicciones y aprietos, suspiros y lágrimas de los que iban a plagarle.

—¿Qué menos —decía— puede hacer uno, que escuchar?... Escuchando miserias ¿quién no las compadece...? Compadecidas, ¿quién no las remedia en lo que puede...

De ahí que la gente le hubiese cogido valentía y lo trajeran siempre de cabeza.

II

La primerita que se le entró por las puertas aquella mañana fué su virginal Esposa, que aunque estaba en jerarquía superior, —la inmediata a la jerarquía divina, en frase de Gersón— había pedido licencia para pasar con él el día y ayudarle a «hacer los honores de la casa».

Le traía de parte del Niño, que todavía no se había levantado, un regalo que le hizo reír y llorar a un tiempo mismo. Una plana, de su puño y letra de palotes y curvas, con estas dos palabras, de caracteres inseguros y desiguales: VALE POR y luego al pie, la firma: † Jesús.

El Santo Patriarca cogió el papel y lo besó y lo retebesó y lo puso con mucho cuidado sobre la mesa, proponiéndose hacerle al día siguiente, en cuanto tuviese un rato de lugar, una moldura, de la mejor madera que encontrara y de la más acabada labor que él supiera, para conservarlo por toda la eternidad encima de la mesa del despacho. ¡Cuidado con la ocurrencia del Chiquillo...! —¡Alma mía!

III

Cuando más engolfado estaba en el trazado de la moldura, pues a él le gustaban las cosas pronto, —¿Se puede?— y cata a todos los patriarcas de la Antigua Ley, con Abrahan a la cabeza, entrándosele por las puertas del hall, para complimentarlo. —¡Que los tenga usted muy felices...!

No bien se había sentado, he aquí a todos los Profetas, que entran capitaneados por David, que al fin era Rey. —¡Felicidades...!

A seguida, los Apóstoles, con San Pedro, encargado del discurso, aunque él quería que lo hubiese hecho San Pablo... A poco la representación de los Mártires, que, porque eran infinitos en número, votaron de compromisario a San Esteban; los Confesores Pontífices, representados por San Juan Crisóstomo, que «hablaba muy bien», y los no Pontífices, por Santo Tomás de Aquino, que seguro estaba que dijera ninguna majadería.

Cuando salía el Ángel de las escuelas, el coro de las Vírgenes que llegaba al zaguán...

Se había pensado en Santa Teresa de Jesús, que tan devotísima había sido del Santo, y que tan rebién se explicoteaba, para que ostentara ella sola la representación. Pero no se que hubo de ocurrir a última hora, que se dejaron de representación y se encajaron las once mil. No se cabía...

Y finalmente el coro de las Viudas, que por lo mismo que no tienen marido —para eso son viudas— pueden ir a todas partes...

San Joaquín y Santa Ana, el Bautista y sus padres, como de familia íntima, irían a la hora de confianza y hasta se quedarían a comer... Los Angeles habían prometido venir a la noche a dar un concierto... aunque ya le habían dado una serenata.

IV

—¡Señor Dios de los Ejércitos! ¡Yo no soy digno, Señor, de que entréis en mi morada; pero, pues así lo habéis querido, hágase vuestra voluntad! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo...!

—He aquí la esclava del Señor...

—Dios te salve, María, llena de gracia...

—Mi alma os magnifica, Señor.

Y se sentó Su Divina Majestad sobre un *puff* de cabecitas de querubines.

—Oye, José —dijo al Santo Patriarca, señalando al montón de papeles que había sobre el banco de la excarpintería— veo que estás muy relacionado. ¡Qué atrocidad de cartas! Sólo para leerlas se necesita toda la eternidad.

—¡Y qué queréis, Señor! Como me educásteis en el dolor, no hay dolor en el mundo que no halle repercusión en mi alma. Y como, por otra parte, sois tan bueno para conmigo, que despacháis favorablemente cuantas peticiones os hago, Vos mismo, que no otro, habéis acreditado la marca... Veremos este año lo que puedo alcanzar... Hasta bochorno siento de pedir tanto, pero ¿qué hago Señor —y se echó a llorar—, si sé por experiencia lo que es trabajar... y sentir frío... y sudar... y pasar hambre... recibir repulsas y tolerar vejámenes... vagar fugitivo y vivir desterrado... ver en peligro de muerte lo que era el Amor de mis Amores y llorar lo perdido y acaso muerto...? De aquí que yo no pueda ver una pena, que no me apene; un dolor, que no me duela; una necesidad que no haga propia; una lágrima que no me escalde la mejilla... ¿Véis, Señor, todas esas solicitudes y todas las que tienen que llegar? Pues si por mí fuera, todas las despachaba con un —*como se pide*.

—Todas, no puede ser. Habrá muchísimas, que será mucho más misericordioso denegarlas que despacharlas favorablemente,

Los hombres no siempre saben lo que piden, y lo que hoy estiman como su mayor bien, el día de mañana se les resuelve en su mayor mal. Ni es esto sólo. Aunque tus méritos son innumerables...

—¡Muchas gracias!

—Considera que al fin y a la postre, como criatura que eres, no rebasan la línea de la finitud. Tanto puedes cargar el «debe» que llegue a sobrepujar al «haber».

—Es, Señor, que lo que falte a mis méritos pudiéramos tomarlo de los de mi Esposa, que hay muchos gananciales...

—Deja a tu Esposa manejarse por su cuenta. Casualmente, dentro de unos días es la Fiesta de sus Dolores, y excuso decirte lo de dolores y de lágrimas que me presenta todos los años mezclados con los suyos... ¡Como que le han puesto el mote de La Omnipotencia suplicante!

—Decís bien, Señor. No la carguemos más de lo que está. Y, pues a lo justo no llego nada, concededme... hasta donde llegue mi «haber» y esto, si ello se ajusta a vuestra santísima voluntad.

—Pero eso, tampoco ¿cómo va a aquilatarse? —preguntó la Santísima Virgen, que quería velar por los prestigios de su Esposo.

—Pues muy sencillo —respondió el Señor—: que venga Miguel con el peso, y veremos lo que resulta.

V

Y vino San Miguel, con su peso, limpio y bruñido como una patena, y nivelado y hasta engrasado, que no había más que ver. Un átomo de polvo nubióralo hecho oscilar...

—Anda, ponte en un platillo —dijo el Señor el Santo Patriarca. Y así se hizo, sin que nadie rechistara.

—Y ahora tú, María, vé poniendo en ese otro platillo todos esos papeles que están sobre el banco... A ver si caben.

La Santísima Virgen hizo lo que se le había mandado, con prontitud de esclava. Trabajo le costó el colocarlos todos.

—Un poquillo se corre el fiel —dijo el Arcángel— hacia el lado de los papeles; pero es tan poca cosa, que puede darse por bueno... Digo: si así parece a Vuestra Divina Majestad.

—¡Correo! —dijo San Pedro desde la puerta, y... ¡el diluvio! ¡el diluvio de cartapacios y telegramas!

—Las comuniones de esta mañana —dijo la Santísima Virgen con desaliento.

—¡Y las que quedan! —dijo San José saltándosele las lágrimas... ¿Me permite Vuestra Divina Majestad...?

—Lo que tú quieras.

IV

El virginal Esposo de la Virgen Madre se salió del platillo que ocupaba, mientras San Miguel y San Pedro colocaban toda la correspondencia recién venida en el platillo donde estaba la anterior. No sé qué hizo junto a la mesa, de donde hubo de volver con la mano en el seno, y subiéndose encima de una silla, para alcanzar al platillo que le correspondía, pues con el montón de papeles del otro se había subido a las nubes, se sentó dentro de él tan guapamente.

—Aquí debe de haber habido trampa, dicho sea con todo respeto —exclamó San Miguel, al ver que el platillo de las solicitudes se elevaba ahora hasta el techo y el ocupado por el Santo Patriarca descansaba sobre la tierra. —¡No es posible que habiéndosele añadido a las solicitudes todo el peso de las que acaban de llegar, pese ahora menos que el señor —señalaba a San José—, siendo así que hace un minuto pesaban algo más...! Usted se ha guardado algo, y algo que pesa mucho

—Como no sea este papel —replicó el Santo, sacando uno del seno.

—¿Y qué papel es ese? —preguntó Su Divina Majestad.

—Una plana de mi Niño, que me había traído mi Señora, como regalo por mi día.

Su Divina Majestad leyendo: —Vale por... Vale por... ¿Vale por...?

—Sí, Señor, Señor Dios de los ejércitos —prosiguió el Patriarca, todo esperanzado.

—Vale por...

—¿Pero por cuánto?

—Pues yo creo que por... la firma. Más claro, agua, vale, por Jesucristo, Señor nuestro e Hijo tuyo, que contigo vive y reina por los siglos de los siglos.

—¡Amén! —concluyó el Señor.

JUAN F. MUÑOZ PABON

(Dibujos de Buiados).

